

# LA ÚLTIMA FRONTERA

## II

**José Carlos Canalda**



## ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
CONDENADOS A VIVIR	3
PLUS ULTRA	8
NO HAY MAL QUE POR BIEN...	16
FIAT LUX	30
NUDISMO INTEGRAL	36
UNA MANSIÓN EN EL CIELO	38
SIDERA VISUS	44
RUMBO A LAS ESTRELLAS	49
LLEGARON DEL MÁS ALLÁ	53
TRÁGICO ERROR	57

## PRESENTACIÓN

*El espacio: la última frontera.* Así comenzaba la presentación de los episodios de *Star Trek* en los ya lejanos años sesenta, introduciéndonos en un fascinante viaje por el universo hasta alcanzar lugares donde nadie ha podido llegar. Esta breve frase resumía a la perfección el tipo de ciencia ficción que más me atraía entonces y, en buena parte, me sigue atrayendo ahora, los viajes por un espacio infinito y desconocido que me permitieron disfrutar del tan inasible sentido de la maravilla viajando con la imaginación por los lugares más remotos del universo.

Así pues, no es de extrañar que yo también intentara hacer mis pinitos en este sugestivo subgénero de la ciencia ficción; en realidad no son demasiados los relatos que he escrito que puedan incluirse aquí, dándose la circunstancia de que la mayoría son bastante antiguos y, curiosamente, también bastante más largos de lo habitual; pero ahí están, y creo que merecen la pena ser singularizados en un apartado propio.

He excluido de esta sección todos los relatos en los que aparecen extraterrestres, salvo en casos en los que su protagonismo sea tangencial; no porque no pudieran figurar también aquí, que podrían haberlo hecho perfectamente, sino porque éstos cuentan con una sección propia.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he dividido en dos volúmenes, siendo éste el segundo.

*José Carlos Canalda*

## CONDENADOS A VIVIR

A lo largo de mi dilatada vida profesional he tenido ocasión de visitar muchos más planetas habitados que la mayor parte de la humanidad; podría, pues, con toda facilidad relatar mis experiencias como viajero por toda la variopinta extensión del universo colonizado por el inquieto hombre. Pero yo no soy escritor sino tan sólo un sencillo comerciante, y lo mío no es narrar mis aventuras sino comprar y vender cualquier tipo de mercancía que me pueda permitir ganarme honradamente la vida; por ello, les aseguro que este relato que tienen ahora en sus manos será la única excepción a mi tradicional regla de ver y oír mucho pero hablar poco.

Y es que, a pesar de estar más que habituado a recalar en mundos de lo más exótico, y a pesar también de que estoy acostumbrado a encontrarme ante situaciones que asombrarían a la mayoría por lo extraño de las mismas, no hubo por menos que sorprenderme lo que tuve ocasión de conocer en Alteya, un remoto mundo perdido en los difusos límites del Orbe. Como fronterizo que es, Alteya prometía presentar las peculiaridades típicas de estas sociedades en todos los sentidos lejanos; pero la singularidad de sus estructuras sociales, insólitas en un planeta de sus características, hace de Alteya un caso único en todo el conjunto no ya de la Federación, sino inclusive de la totalidad del universo habitado.

Para empezar, Alteya no es un mundo nuevo sino muy antiguo, ya que fue colonizado durante la primera Gran Emigración que precedió a la expansión del desaparecido Imperio. Como en tantos otros mundos explorados y habitados en aquella lejana época, sus pioneros provenían básicamente de los grupos disidentes que huyeron de la férrea dictadura implantada entonces en la Tierra partiendo en busca de unos nuevos horizontes y, fundamentalmente, de una libertad que aquí les era negada. Sin embargo, y al contrario de lo que hiciera la mayor parte de los emigrantes de esa época, todos los cuales acabaron recalando en planetas cercanos, los primeros colonos de Alteya prefirieron internarse en las desconocidas profundidades del cosmos viajando incansablemente hasta donde sus destartaladas astronaves les permitieron para, finalmente, rendir viaje en este Finisterre galáctico más allá del cual sólo se abría lo desconocido.

¿Por qué obraron así? Nadie en Alteya conocía la respuesta, pero es muy probable que todo obedeciera a un inconsciente deseo de alejarse lo más posible del planeta del que habían huido para siempre. Lo cierto fue que, premeditadamente o no, estuvieron acertados en su decisión, ya que poco después de su huida el recién fundado Imperio Terrestre comenzaba una política de expansión que acabaría engullendo todas aquellas colonias que habían tenido su origen precisamente en un rechazo a su soberanía. Alteya, gracias

precisamente a su lejanía, fue la única que se vio libre durante siglos de la ambición expansionista del ya rebautizado como Imperio Galáctico, lo cual le permitió desarrollar sin cortapisas su propio proyecto de sociedad. Por ello, cuando los omnipresentes cruceros imperiales llegaron al fin a su sistema estelar, la inevitable anexión al vasto estado terrestre no pasó de ser una mera formalidad legal.

Sí, Alteya era teóricamente una provincia más del Imperio, pero su lejanía y su escaso valor estratégico y comercial motivaron que tal dependencia política fuera, en la práctica, mínima: Un gobernador imperial más interesado en salir de ese rincón del universo que en imponer la autoridad del emperador, una reducida y aburrida guarnición sin nada que defender, y un planeta por último con una población lo suficientemente evolucionada y madura como para ser tanto impermeable a las influencias terrestres, como lo suficientemente inteligente como para no dar a sus nuevos amos la menor excusa para romper el para ellos tan cómodo *status quo*. De esta forma todos quedaban satisfechos y el planeta continuaba siendo, de hecho, el dueño de sus propios destinos.

Por esta razón, cuando el imperio colapsó en Alteya las cosas cambiaron muy poco. Los escasos retazos imperiales presentes en su suelo se apresuraron a marcharse de allí sin que nadie los echara, con lo que el planeta se vio de nuevo formalmente independiente. Gracias a su secular aislamiento, el hundimiento político y cultural que trajo como consecuencia la larga y oscura Edad Media no afectó prácticamente nada a un planeta que, acostumbrado desde siempre a valerse por sí mismo, fue uno de los pocos rincones del Orbe que no experimentaron entonces un retroceso en su cultura.

Cuando pasados varios siglos la humanidad logró salir del marasmo en el que había estado sumida, los lazos rotos por el gran interregno comenzaron a ser anudados de nuevo, si bien lo fueron de una manera completamente distinta a la anterior; no en vano había escarmentado con los errores de antaño. No hubo, pues, un Segundo Imperio que muy pocos planetas habrían aceptado, sino una flexible confederación que, con el nombre de Nuevo Orden, se impuso como premisa fundamental el respeto de los derechos y las peculiaridades de cada mundo por separado. La fórmula se reveló afortunada de modo que, tras un período de tiempo relativamente breve, prácticamente todo el vasto territorio que el antiguo Imperio había conquistado a sangre y fuego se vio de nuevo pacíficamente reunificado por el Nuevo Orden, esta vez por propia voluntad de sus integrantes. Alteya no fue ninguna excepción y ahora era un miembro más del Gran Consejo Estelar, con los mismos derechos y deberes que el resto de sus integrantes pero, y esto era lo fundamental para sus habitantes, conservando intactas su autonomía y su idiosincrasia.

Una de las huellas más indelebles de los Siglos Oscuros fue la evolución aislada de todas y cada una de las diversas regiones habitadas del universo, lo cual quebró la antigua uniformidad imperial trocándola en una variopinta diversidad que hacía de cada planeta

algo singular y diferente del resto. Alteya, obviamente, no sólo no fue ninguna excepción sino que, poseedora de una marcada identidad y de una sociedad completamente madura ya con anterioridad al hundimiento de la antigua civilización, experimentó durante esa época de aislamiento total, que no de colapso cultural en su caso, una notabilísima evolución que sirvió para acrecentar su ya notable singularidad hasta hacer de ella un caso único en todo el universo.

Y aunque ahora su exotismo era aceptado y respetado, su notable divergencia con las pautas más comunes en los planetas del Orbe seguía marcando su relativo aislamiento con respecto al resto de la confederación; a pesar de que no existían trabas de ningún tipo que lo impidieran, ni los ciudadanos de otros planetas se encontraban demasiado cómodos en Alteya, ni los alteyanos mostraban el menor interés en abandonar su planeta natal. De hecho, tan sólo los diplomáticos de ambas partes y algunos escasos comerciantes apátridas como yo, ninguno de los cuales era nativo de Alteya, rompíamos en la práctica esta barrera. Y no es que la sociedad alteyana fuera hostil con los visitantes; muy al contrario, los alteyanos eran exquisitamente amables y educados con todos nosotros, dando todos ellos sin excepción una gran importancia a las reglas de la hospitalidad... Pero ocurría que eran demasiado diferentes como para que nadie procedente de otra cultura, incluso si se trataba de alguien tan desarraigado y cosmopolita como un comerciante, pudiera encontrarse cómodo entre ellos.

Por esta razón los contactos entre ambas culturas eran mínimos, aunque en modo alguno fríos; de hecho, yo tenía varios buenos amigos en el planeta incluyendo a mi propio agente comercial, y no puede decirse que lo pasara nada mal en mis poco frecuentes viajes al mismo... siempre y cuando éstos no se alargaran demasiado. Aun siendo unos excelentes anfitriones, los alteyanos eran lo suficientemente extraños como para sentir una inexplicable sensación de ahogo cuando te zambullías lo suficiente en su mundo.

A pesar de todo, yo los admiraba. Pocos lugares había en todo el universo habitado en los que una sociedad hubiera alcanzado mayores cotas de madurez y de prosperidad... los alteyanos eran felices en su mundo, y no había la menor razón para exigirles que renunciaran a ello.

Pero me estoy extendiendo demasiado al tiempo que me desvío de mi propósito original, por lo que renunciaré a continuar describiendo las múltiples peculiaridades de este planeta, por otro lado suficientemente divulgadas ya, para centrarme exclusivamente en el punto que tanto me llamara la atención. Ya he comentado anteriormente el gran desarrollo social del planeta, pero lo que todavía no he dicho es que éste llevó siempre pareja una activa investigación científica y técnica que ha hecho de Alteya uno de los lugares más prósperos de todo el Orbe. Cuando el Nuevo Orden restableció las largamente interrumpidas relaciones entre los distintos planetas los alteyanos, que jamás fueron

egoístas, compartieron generosamente sus tesoros científicos con todos los que lo necesitaron, lo que contribuyó no poco al apuntalamiento de la todavía frágil recuperación económica. Sin embargo, hubo algunas tecnologías que se negaron rotundamente a revelar alegando, y no sin razón, que la humanidad todavía no estaba preparada para recibirlas.

Una de ellas, sin duda la más trascendental de todas, fue la de la inmortalidad o, por hablar con mayor propiedad, la de la prolongación indefinida de la vida humana. Entiéndase bien: los alteyanos compartieron desde el primer día todos sus conocimientos acerca de la prevención de la vejez y la supresión de las enfermedades relacionadas con la misma, gracias en buena parte a los cuales los humanos vivimos hoy muchos más años, libres además de las desagradables secuelas de las que hasta entonces estuvieran aquejados los ancianos. Pero, añaden ellos, el hombre es un ser mortal y en su condición de tal debe morir, ya que de no ser así nuestras mentes jamás asimilarían el hecho de vivir eternamente sin sufrir trastornos irreversibles.

De hecho, tampoco ellos aplican de forma generalizada esta práctica a su población la cual, de esta manera, no tiene en promedio una longevidad mayor que la de cualquier otro humano nacido fuera de Alteya. Tal práctica está reservada exclusivamente para algunos casos excepcionales, concretamente para aquellas personas tales como artistas, científicos o gobernantes de singular valía cuya muerte natural hubiera causado un grave perjuicio a la sociedad de su planeta; sólo en estas circunstancias les es permitida una prolongación artificial de su existencia, la cual nunca es indefinida sino limitada hasta que el propio interesado estima que ya ha cumplido de forma completa con su misión. Es entonces cuando les es retirado el tratamiento falleciendo éstos dulcemente, lo que es interpretado por todos y por los propios afectados como un premio a la par que como un merecido descanso.

Una única excepción hay esta regla, la cual tuve ocasión de conocer por pura casualidad durante mi último viaje a Alteya; porque si bien no es secreta para los extranjeros, -ningún secreto hay, de hecho, en el planeta- sí que es llevada a cabo con una discreción absoluta; pero para poder explicarla, he de realizar antes un pequeño inciso. En Alteya la delincuencia, esa plaga que azota a tantos planetas incluyendo a la vieja y despreocupada Tierra, es en contraste algo casi desconocido. Esto no quiere decir que no existan delincuentes, sino que éstos son tan escasos en número que, reuniendo a todos ellos, sería imposible llenar una sola prisión de nuestro mundo... Si existieran sus equivalentes en Alteya, circunstancia que no ocurre.

¿Qué hacen entonces los alteyanos con los que allí comenten un crimen? Bien, los detienen y son juzgados, con una severidad únicamente comparable a lo antisocial de su comportamiento en un lugar tan pacífico y respetuoso con sus ciudadanos como es este planeta. Acto seguido son condenados a la única pena existente en sus leyes, la de vida.

Sí, la de vida; porque, por sorprendente que pueda parecer a cualquiera que no sea alteyano, los criminales no son allí condenados a morir sino precisamente a lo contrario: A no morir durante un largo período de tiempo que siempre es proporcional a la magnitud del delito cometido. Por lo demás, los convictos quedan completamente libres para seguir viviendo exactamente igual que lo hicieran antes.

En contra de lo que pudiera parecer esta condena a no morir, lejos de ser una liberación es en Alteya un gravísimo castigo, porque la filosofía imperante en el planeta, de la cual están imbuidos sin excepción todos sus pobladores, considera vacía y despreciable toda prolongación artificial de la vida que no esté justificada por una buena causa. Por eso los alteyanos reciben siempre con calma y satisfacción a la muerte cuando estiman que su trayectoria vital está ya culminada, y por eso no puede haber mayor castigo para ellos que el verla prolongada sin que exista una razón tal como ocurre con los prohombres.

Nada hay más patético que ver a un antiguo criminal arrastrando tristemente su condena; porque si bien éstos no son ni discriminados ni rechazados por sus compatriotas, y aunque el castigo es aplicado con tal discreción que nadie salvo sus más íntimos conoce su desgracia, los condenados sienten tal sensación de vacío, tal necesidad imperiosa de morir, que para ellos es una auténtica liberación la llegada del fin de su pena, la cual puede alcanzar en ocasiones una duración de varios siglos.

Podrían suicidarse, por supuesto, y sin duda todos nosotros lo haríamos de encontrarnos en su situación; pero el alteyano es un pueblo que tiene tan arraigado el sentido de la moral y de la justicia, que jamás a ningún condenado se le ocurriría hacerlo aun habiendo llegado a su máximo grado de desesperación. Los penados son tan plenamente conscientes de su culpa y de su obligación de cumplir con la totalidad del castigo que les ha sido impuesto, que jamás se ha dado el menor caso de nadie que no la haya cumplido escrupulosamente hasta el final.

¿Sorprendente, verdad? Y, por supuesto, aleccionador. Lo único que me inquieta desde que lo supe es lo siguiente: ¿Por qué no podríamos ser todos nosotros como los alteyanos?



## PLUS ULTRA

La *Plus Ultra* no era una astronave cualquiera. Tampoco era un simple prototipo. Era más, mucho más. Era el cénit de la civilización humana, el exponente máximo de su tecnología y de su orgullo como raza. Era el broche de oro que culminaba miles de años de ininterrumpida evolución. Era la llave de la Última Frontera.

El hombre, ser inquieto y curioso por naturaleza desde el mismo instante en el que había prendido en él la chispa de la inteligencia, había amado siempre los retos buscando con afán la manera de vencerlos. Por esta razón el espíritu de la frontera, fuertemente arraigado en su alma, le había empujado durante milenios en busca del Más Allá. Un Más Allá cada vez más lejano, cada vez más tentador, cada vez más esquivo.

Primero fueron las Columnas de Hércules, el *Finis Terrae* de la Antigüedad. Posteriormente lo fue el océano Atlántico, el *Mar Tenebroso* que alimentara tantas leyendas medievales. A lo largo de varios siglos las fronteras se establecieron en los continentes americano y africano, en las vastedades asiáticas, en la pléyade de islas que constelaban el océano Pacífico, en los dos polos, en las selvas vírgenes, en las cordilleras inaccesibles, en las profundidades abisales... Y cuando toda la inmensa extensión del globo terrestre había sido hollada por la inquieta estirpe de Adán, cuando los mapas no mostraban ya ninguna región en blanco, surgió el gran reto del espacio.

El hombre pisó la Luna, envió sondas a los principales astros que giraban en torno al Sol y, finalmente, exploró todos ellos. Durante algún tiempo, largo frente a una vida, pero inmensamente breve en comparación con la historia de la humanidad, alentó de nuevo la vieja y perdida ilusión de explorar nuevos lugares y descubrir tierras vírgenes, no por inhóspitas menos cautivadores. Y la poesía anidó de nuevo en su espíritu.

Pero al igual que ocurriera con la vieja y entrañable Tierra, también el Sistema Solar se acabó quedando pequeño. Y entonces el hombre buscó nuevas metas en las que poder volcar su afán. Sin embargo, la barrera era esta vez infinitamente mayor. El salto a las estrellas, aun a las más próximas, se mostraba imposible a causa de lo desmesurado de las distancias que las separaban de nuestro planeta, y lo seguiría siendo aún durante mucho tiempo.

Pese a las dificultades, la humanidad no cejó un solo momento en su empeño, pero hubieron de pasar siglos antes de que pudiera estar en condiciones de dar el gran salto que le permitiera franquear la última y definitiva frontera.

Y el gran momento había llegado. Fueron precisos los esfuerzos ininterrumpidos de varias generaciones de científicos y técnicos, y se habían consumido ingentes cantidades de recursos de todo tipo en aras del ansiado fin que ya era una tangible realidad: La *Plus Ultra*, la astronave destinada a alcanzar las estrellas por vez primera en la historia de la humanidad.

El espíritu de los exploradores, por largo tiempo adormecido, volvió a brotar con fuerza en el alma de quienes sólo por los libros de historia conocían a personajes tales como Nearco, Marco Polo, Vasco de Gama, Cristóbal Colón, Magallanes, Cook, Livingstone, Admunsen y tantos otros que a lo largo de los siglos habían logrado que la curiosidad triunfara sobre todas las dificultades interpuestas en el camino por la siempre arrogante Naturaleza. Y así, una nueva estirpe de aventureros intrépidos y arrogantes floreció en el viejo tronco de la varias veces milenaria civilización.

No faltarían voluntarios para la gran expedición, a pesar de la incertidumbre que se cernía no ya sobre su desarrollo, sino incluso sobre las propias vidas de los participantes en la misma. Científicos de acrisolada valía, astronautas curtidos por largos años de navegación a lo ancho de todo el Sistema Solar, militares aguerridos pese a la ausencia total de conflictos bélicos desde varias generaciones atrás... Así pues, bien podría afirmarse sin riesgo a incurrir en error, que la *Plus Ultra* contaba con la mejor tripulación posible.

El viaje sería largo, la astronave era de gran tamaño y los experimentos a realizar muy numerosos y complejos, a lo cual había que sumar la presencia en la *Plus Ultra* de un pequeño pelotón de soldados cuya misión era defenderla de posibles ataques de algún ignorado enemigo. Por ello su dotación era numerosa, casi quinientas personas entre tripulantes, científicos y soldados, cada uno de los cuales tuvo que competir con millones de rivales para lograr el ansiado puesto. Después de la selección vino un no menos duro entrenamiento que sólo los más capaces -y ellos lo eran- habrían sido capaces de superar, lo que no impidió que se produjeran un elevado número de bajas rápidamente cubiertas por los aspirantes que habían sido rechazados en la primera selección. Y finalmente... La gran aventura estaba a punto de tener lugar.

La *Plus Ultra* había invertido varios meses en recorrer todo el Sistema Solar, e incluso había realizado algunas incursiones en el espacio profundo hasta más allá de la Nube de Oort, límite teórico del Sistema Solar. Había llegado, pues, mucho más lejos que cualquier otro objeto, tripulado o no, construido por la tecnología terrestre, pese a lo cual todos estos vuelos de prueba suponían tan sólo una porción infinitesimal del recorrido que habría de efectuar en su viaje definitivo con destino a la estrella Tau Ceti, elegida, a pesar de no ser la más cercana al Sol, por su similitud con la estrella central de nuestro sistema planetario, lo que permitía esperar la existencia de planetas similares a la Tierra girando en torno suyo.

Durante toda esta etapa la *Plus Ultra* se había comportado con total satisfacción, rebasando con creces las previsiones más optimistas aunque sin rebasar en ningún momento la velocidad de la luz. El ensayo del propulsor hiperlumínico, auténtica razón de ser de la astronave, tendría lugar con el viaje definitivo; el gran tamaño, y la no menor complejidad de este sistema propulsor, habían impedido estudiar su funcionamiento en sondas automáticas, mientras la especial naturaleza del vuelo imposibilitaba asimismo hacerlo con la propia *Plus Ultra* gobernada por control remoto, al no ser posible mantener el contacto con ella una vez rebasada la velocidad de la luz.

Esta misma limitación impediría asimismo la comunicación por radio entre los controles de tierra y la tripulación de la *Plus Ultra* una vez iniciado el histórico viaje; dado que la astronave se desplazaría, durante la mayor parte de su recorrido, a velocidades hiperlumínicas, las ondas de radio jamás la podrían alcanzar al ser más veloz que ellas mientras que, al llegar a su destino, se encontraría a varios años luz de distancia o, lo que es lo mismo, con varios años de demora frente a una hipotética conversación con la Tierra. Por esta razón, serían los propios tripulantes los que traerían las noticias de su viaje a su retorno a la Tierra, en una curiosa y paradójica similitud con lo ocurrido durante la época de las grandes exploraciones oceánicas.

Se calculaba que la *Plus Ultra* tardaría entre tres y cuatro meses en llegar a su destino, por lo que la duración total del viaje se podía estimar en al menos un año teniendo en cuenta también tanto el viaje de retorno, como un tiempo mínimo necesario para una exploración de los hipotéticos planetas del sistema de Tau Ceti, período de tiempo que en realidad sería mayor al ser necesario prever cualquier posible retraso. No se trataba de un tiempo excesivo comparándolo con el invertido habitualmente por centenares de astronaves en sus recorridos a través del Sistema Solar, pero lo que sí suponía una novedad y un notable inconveniente, era la circunstancia de que durante todos estos meses en la Tierra no se tendría noticia alguna de la expedición. Si todo salía bien no habría más problemas que un molesto retraso en el conocimiento de los resultados de la misión, pero si sucedía algún percance, la única respuesta sería el silencio. Pero como nada se podía hacer por evitarlo, tan sólo cabía confiar en la suerte.

Así pues no habría vuelo experimental alguno, y la propulsión hiperlumínica sería probada por vez primera durante su histórico viaje a Tau Ceti. Éste era un riesgo que resultaba preciso asumir, y así lo hicieron la totalidad de los integrantes de su dotación.

Respecto a los efectos que el viaje hiperlumínico pudiera provocar en el organismo humano, tan sólo cabía especular. Los estudios teóricos predecían unas distorsiones espaciales muy importantes prácticamente imposibles de cuantificar, razón por la cual el interior de la *Plus Ultra* estaría protegido por un campo de fuerza -o de éxtasis, conforme a la terminología de sus constructores- que, al menos sobre el papel, debería contrarrestar los

perniciosos efectos de este fenómeno. A diferencia de lo postulado por tantos y tantos escritores de literatura de anticipación, no tendría lugar la famosa dilatación temporal presuntamente predicha por la Teoría de la Relatividad, al menos de forma apreciable, debido a una serie de fenómenos imposibles de demostrar sin recurrir a las complicadas teorías que permitían justificar la posibilidad real de que un móvil pudiera viajar a mayor velocidad que la luz.

El día fijado para la partida de la *Plus Ultra* rumbo a su lejano e incierto futuro fue celebrado por toda la humanidad como no se había hecho desde muchas generaciones atrás... Y ciertamente, la ocasión lo merecía. Anclada a la estación orbital L4, situada en uno de los puntos de Lagrange de la órbita lunar, la *Plus Ultra* se encontraba respetuosamente rodeada por miles de astronaves ansiosas de presenciar en directo el inicio de su histórico viaje. Claro está que su verdadera partida, entendiendo como tal la propulsión de los impulsores hiperlumínicos con su consiguiente desaparición de la vista de sus espectadores, tendría aún que esperar.

Inicialmente era preciso realizar una compleja maniobra que la sacara del plano de la eclíptica, ya que la constelación de la Ballena a la que pertenecía Tau Ceti no se encontraba en el zodiaco. Una vez establecido su rumbo, la *Plus Ultra* debería viajar a velocidades sublumínicas hasta rebasar la nube de Oort, por ser ésta la única forma posible de evitar el riesgo de colisión -peligro remoto, pero real y de nefastas consecuencias para los viajeros si llegaba a ocurrir- con alguno de los numerosos desechos que salpicaban esta desolada región del espacio. Esta precaución resultaría inútil a su llegada a Tau Ceti dado que se ignoraba la distribución de su hipotético sistema planetario, razón por la cual se había optado por abandonar la velocidad hiperlumínica a una distancia prudencial a esta estrella, similar al radio de la nube de Oort solar más un margen razonable de seguridad.

Comenzar el viaje hiperlumínico a una distancia tan grande del Sol tenía asimismo una segunda ventaja, la de minimizar los efectos de su campo gravitatorio sobre la trayectoria de la astronave, más desviada de su objetivo cuanto mayor fuera la atracción sobre la misma. Teniendo en cuenta que se trataba de realizar a ciegas un salto de casi doce años luz, y que la posible existencia de obstáculos en su destino resultaba completamente desconocida, toda precaución sería poca.

Y finalmente llegó el momento. La *Plus Ultra* desatracó de la estación orbital, se alejó majestuosamente de ella unos miles de metros y, tras enfilear la proa, conectó los motores convencionales que habrían de llevarla hasta los confines del Sistema Solar, seguida por varios centenares de astronaves que la acompañarían hasta Júpiter, primera escala de su largo periplo. Para abandonar el plano de la eclíptica estaba prevista una complicada carambola cósmica que precisaba del efecto conjunto de las atracciones gravitatorias de Júpiter y el Sol, la cual no estaba al alcance de las pequeñas astronaves que viajaban con

ella. Una vez estuviera fuera de la eclíptica, la *Plus Ultra* sería escoltada por dos cruceros de la Armada que, a su vez, se volverían sobre sus pasos en la nube de Oort, dejando a los expedicionarios a merced de su propio destino.

Esta etapa duraría varios días, pasados los cuales comenzaría realmente el reto. Hasta entonces todo resultaría familiar, puesto que los viajes por el Sistema Solar hacía mucho tiempo que se habían convertido en rutinarios. En el momento previsto la *Plus Ultra* llegó al lugar marcado como origen de su viaje interestelar, con las tripulaciones de los dos cruceros como únicos testigos privilegiados de la hazaña. Los cruceros tenían previsto retransmitir en directo el momento en el que la *Plus Ultra* conectara los motores hiperlumínicos penetrando en el enigmático hiperespacio, pero las señales de vídeo no llegarían a la Tierra sino hasta muchas horas después a causa de su lejanía.

El programa se desarrolló conforme a lo previsto. Para los miles de millones de espectadores repartidos por todo el Sistema Solar, la *Plus Ultra*, que había apagado previamente los motores convencionales y navegaba por inercia, comenzó a rodearse de una tenue luminosidad que, poco a poco, fue acrecentándose hasta difuminar la silueta de la astronave que se vislumbraba en su interior. Finalmente, tras un súbito destello, nave y aureola desaparecieron quedando en su lugar tan sólo el vacío, el mismo vacío desierto que estuviera en ese lugar desde los albores del universo. La Gran Aventura había comenzado.

La brusca desaparición de la *Plus Ultra* ante los ojos de los observadores había sido predicha por los científicos responsables del proyecto, razón por la cual nada de inquietante se encontró en ello; claro está que, de existir algún tipo de percance, tampoco habría habido manera alguna de saberlo. Tendrían que pasar bastantes meses, quizá un año o más, para que el retorno de los expedicionarios sirviera para dar a conocer los resultados del viaje. Y, si el tiempo transcurría y los viajeros no volvían... Bien, entonces éstos habrían pasado a engrosar la larga relación de desaparecidos en el transcurso de todos los viajes de exploración realizados por la especie humana desde el origen de los tiempos.

Justo un año después de la partida de la *Plus Ultra* comenzaron los preparativos para recibirla en su regreso. Evidentemente no se podía conocer el momento exacto de su llegada, razón por la cual se destacó a un crucero a la zona del espacio en la que se presumía que aparecería. La misión de esta astronave era la de hacer de vigía y mensajero de la buena nueva, así como también la de auxiliar, si fuera necesario, a los expedicionarios.

Transcurrido un mes desde el apostamiento, el crucero fue relevado por otra unidad similar. Nada de inquietante tenía este retraso; antes bien, podía ser indicativo de una fructífera misión que hubiera requerido un tiempo superior al inicialmente previsto para ser llevada a cabo.

Pasó otro mes más, y un tercer crucero ocupó el lugar del segundo. Y un cuarto... Y un quinto. Al cumplirse el año y medio sin tener noticias de la *Plus Ultra*, los responsables del programa comenzaron a inquietarse. No obstante, la autonomía prevista para la expedición, contando exclusivamente con sus propios medios, rebasaba holgadamente los dos años, razón por la que todavía resultaba prematuro preocuparse.

Finalmente llegaron los dos años sin tener noticias de la *Plus Ultra*. Treinta meses después de su partida, se ordenó al crucero destacado en la nube de Oort su regreso a la Tierra. A los tres años se dio por perdida a la expedición. Un año después, se declaraba oficialmente muertos a sus tripulantes, todos los cuales fueron nombrados héroes de la humanidad y homenajeados póstumamente.

El proyecto *Plus Ultra* había recibido un golpe mortal con el fracaso de la expedición, pero ello no supuso el final de la ambición humana por hollar los confines del universo. Se ordenó una investigación exhaustiva que abarcaba la totalidad de las facetas del mismo, y se instó a los científicos a una revisión completa de la teoría hiperlumínica. Realizado esto, serían los técnicos los encargados de escudriñar la existencia de posibles fallos en la construcción del prototipo. Y finalmente se construiría una nueva nave mucho más segura y fiable que su antecesora, la cual intentaría de nuevo el gran reto. Este proceso llevaría años, muchos años, y posiblemente ninguno de los contemporáneos del vuelo de la *Plus Ultra* viviría lo suficiente para verlo; pero la vida de una persona era apenas un soplo en el devenir de la humanidad, y ésta sí vería cómo era conquistado definitivamente el espacio. Tan sólo se trataba de una cuestión de tiempo.

\* \* \*

-Bien, asunto zanjado.

-¿Estás seguro de ello?

El primero de los dos seres -resultaría imposible describirlos de manera más precisa- mostró su extrañeza a su compañero.

-Por supuesto que lo estoy. Desaparecida su astronave, y cuestionada la viabilidad de los viajes interestelares, lo lógico sería que renunciaran a intentarlo de nuevo, resignándose a vivir dentro de los límites de su sistema. Si son mínimamente razonables, no volverán a repetirlo.

-Yo no estaría tan seguro de ello... Podrían comportarse ilógicamente y construir una segunda nave.

-Que asimismo interceptaríamos, con lo cual volverían a estar en la misma situación. Por muy irracionales que sean, tarde o temprano acabarían convenciéndose de la inutilidad de su intento... Al menos, hasta que maduraran lo suficiente para integrarse en la comunidad galáctica.

-Nunca lo harán. Los informes sociológicos son concluyentes: Se trata de una especie paranoica, incapaz de madurar socialmente.

-Pero sus avances tecnológicos son espectaculares; apenas necesitaron unas cuantas generaciones, y eso que además son efímeros, para expandirse por todo su sistema estelar desarrollando incluso los principios del vuelo intergaláctico... Algo que hasta a nosotros nos llevó muchísimo más tiempo.

-Ahí es donde radica precisamente su gran peligrosidad. Especies inmaduras hay a miles en el cosmos, pero que a esta inmadurez se sume tan increíble creatividad es algo realmente inaudito; por ello, no tenemos otra solución que la de bloquearlos impidiéndoles abandonar su sistema. ¿Imaginas lo que podría ocurrir si llegaran a expandirse por nuestro territorio?

-Sería el caos... Supongo.

-Peor aún. Si la galaxia es estable desde épocas remotas, se debe a que su equilibrio se apoya en un respeto absoluto a las normas de convivencia por parte de todas las culturas que la integran. No existe ningún mecanismo de control que permita neutralizar posibles interferencias perniciosas, porque ello jamás ha sido necesario. Así pues, si apareciera esta perturbación... Estaríamos completamente inermes.

-Por fortuna, bastaba con aislarlos para acabar con el problema; y esto es justo lo que hemos hecho.

-El peligro está es que no cejen en su empeño...

-Les daría lo mismo, ya que capturaremos todas sus astronaves. Nunca podrán salir de sus planetas.

-¿Y qué haríamos con los tripulantes?

-Pues exactamente lo mismo que hemos hecho con los de su primera nave; recluirlos en realidades virtuales especialmente diseñadas. Ellos creerán haber llegado a su destino, y pensarán que no pueden regresar a su planeta por haberse averiado su vehículo. Así pues, vivirán razonablemente felices creyendo que colonizan un mundo virgen. Es una verdadera lástima que su vida sea tan efímera; he solicitado que se permita su reproducción de forma

controlada, al menos durante varias generaciones, ya que de no ser así me resultaría sumamente difícil estudiarlos con detenimiento... Pero ya sabes cómo son los burócratas.

-Comprendo tu postura, pero a mí personalmente no es esto lo que más me preocupa respecto a estos seres. Por supuesto que no propongo exterminarlos, ya que esto está prohibido por las leyes de protección de los espacios naturales, pero ¿no habría sido preferible habernos dado a conocer comunicándoles la prohibición de abandonar su sistema? Tengo mis dudas de que mantenerlos engañados, creyendo que no pueden dominar los vuelos interestelares, pueda ser la mejor táctica.

-¡Bah! Piensa con lógica. Cualquier ser mínimamente racional comprendería la necesidad de renunciar a sus intentos una vez sufridos varios fracasos consecutivos. ¿Cómo crees que han evolucionado todas las especies pensantes de la galaxia? ¿Repitiendo una y otra vez los mismos errores? Sería algo completamente absurdo.

-Yo no estaría tan seguro... Aunque en el fondo, supongo que debes estar en lo cierto.

\* \* \*

Mientras duró la conversación entre los dos seres, en la Tierra habían transcurrido varios años, los suficientes para que fuera construida la *Plus Ultra II*. Mucho más potente que su antecesora, contaba asimismo con una importante novedad: Un sistema de comunicación hiperlumínica que le permitiría estar en contacto continuo con la Tierra durante la totalidad del viaje. Como había dicho el presidente federal en su discurso de despedida, la humanidad estaba destinada a conquistar las estrellas por encima de todas las dificultades que pudieran atravesarse en su camino.



## NO HAY MAL QUE POR BIEN...

Antes de nada, permítanme que me presente. Me llamo... bueno, eso en realidad no importa. Lo verdaderamente relevante para este relato es que yo era amigo de Joe *Roeasteroides* y, como él, comerciante independiente, enhoramala mal llamados contrabandistas... pero les puedo asegurar que nuestro trabajo es honrado, sólo que en ocasiones no nos molestamos en cubrir ciertos engorrosos trámites burocráticos que no hacen sino entorpecer nuestra actividad comercial. ¿Que también nos olvidamos de pagar las tasas aduaneras? Bien, supongo que ustedes estarán de acuerdo conmigo en que la todopoderosa Federación no necesita nuestra humilde aportación para que le cuadren sus presupuestos, mientras que a nosotros, por el contrario, nos resulta imprescindible para vivir.

Sí, ya sé que está también el tema de los Mundos Prohibidos, con los que está vedado cualquier tipo de contacto y, todavía con más razón, todo cuanto tenga que ver con el comercio; pero, ¿podría explicarme alguien por qué razón la Federación tiene condenada a esta gente al ostracismo y, en la inmensa mayoría de los casos, a la miseria? Dicen que es para proteger a las culturas autóctonas -vaya palabreja, ¿no podían hablar en cristiano?- de la contaminación de la nuestra, pero me gustaría que vieran ustedes sus condiciones de vida y luego pensarán si les gustaría vivir así... a mí no, desde luego.

¿Qué mal hacemos intentando llevarles un poco de la prosperidad que a nosotros nos sobra? Ellos consiguen algo que la Federación les niega, nosotros obtenemos a cambio unas materias primas que a los nativos no les sirven para nada pero que nos permiten ir tirando, y todos contentos... excepto los malditos patrulleros y esos estirados tipejos universitarios que parecen disfrutar comprobando que nuestros clientes siguen yendo en taparrabos. Y oigan, a los primeros todavía los entiendo, al fin y al cabo es su trabajo y sólo son unos mandados, pero a los otros... si en vez de calentar con sus gordos culos las delicadas sillas de sus despachos tuvieran que andar dando tumbos de pedrusco en pedrusco como nosotros, a bordo no de confortables paquebotes sino de cafeteras volantes como las nuestras, a lo mejor ya no pensaban lo mismo.

Pero me temo que me estoy yendo por las ramas... en realidad, lo que yo quería era contar lo que le pasó a mi pobre amigo *Roeasteroides* en un pedrusco perdido más allá del Límite. En realidad a él, al igual que a mí, no le gustaba comerciar con los Mundos Prohibidos, prefiriendo moverse por los más civilizados -dentro de lo que cabe- planetas del Borde. Allí las patrulleras federales suelen brillar casi siempre por su ausencia, y a los aduaneros de los gobiernos locales es relativamente fácil esquivarlos o, en su caso, contentarles con bastante menos de lo que nos habrían supuesto los aranceles.

Los Mundos Prohibidos son algo completamente distinto. A diferencia de la relajada vigilancia del Borde, los federales los custodian con un celo digno de perros de presa, y resulta realmente difícil burlarlos... difícil y peligroso, puesto que aquí no suelen hacer la vista gorda y los castigos por violar las leyes de aislamiento acostumbra a ser ejemplares. Por esta razón, y porque además nunca sabes con lo que te puedes encontrar en unos mundos tan primitivos, los comerciantes independientes solemos evitarlos a no ser que alguien sea lo suficientemente insensato, o esté lo suficientemente desesperado, como para intentarlo.

Los insensatos no son demasiado dignos de consideración dentro de nuestro gremio, pero todos nosotros hemos pasado alguna vez por una mala racha; y cuando te acechan los matones de alguno de los prestamistas del Borde, puedes acabar echando todos tus miedos por la borda y, haciendo de tripas corazón, arriesgarte a transportar un flete a alguno de esos agujeros cósmicos. Como dijo un antiguo filósofo de mi tierra, *más cornás da el hambre*.

Eso es precisamente lo que le ocurrió a mi pobre amigo. Su vicio por el juego, y mira que yo se lo había advertido veces, le hizo caer en las garras del *Sanguijuela*, uno de los más rapaces usureros de todo el Borde... y también uno de los más expeditivos a la hora de cobrar las deudas pendientes. El bueno de Joe necesitaba dinero con urgencia, y sólo tenía una manera lo suficientemente rápida de conseguirlo. Así pues, y en contra de mi opinión -claro está que esto no le solucionaba su problema-, decidió visitar a los *Hienas*, que es como llamamos a los traficantes con los Mundos Prohibidos.

Éstos, que están tan sólo un punto por encima, y quizá ni tan siquiera eso, del filibusterismo puro y duro, siempre han recibido con las mandíbulas, digo, con los brazos abiertos a todos los comerciantes independientes que se les acercaban, algo lógico teniendo en cuenta que dependen de nosotros, y sólo de nosotros, para sus trapicheos. No es de extrañar, pues, que siempre tengan disponible un flete pagado a un precio razonable dadas las circunstancias... lo malo es que, para cobrarlo, hay que volver sano y salvo y con el importe de la venta en efectivo -obviamente los bancos de la Federación no cuentan con sucursales allí- lo cual, dadas las circunstancias, no se puede decir que sea algo precisamente sencillo. La verdad es que acudir a su cubil, algo por lo que todos nosotros sentimos un supersticioso terror, es lo más parecido a entrar en capilla, pero a veces no queda más remedio que hacerlo... y a *Roeasteroides* le había tocado la china.

Bueno, pese a todo no tenía por qué ser necesariamente malo; algunos de mis compañeros, aunque no demasiados, han conseguido volver de los Mundos Prohibidos sin ningún percance y con unos buenos ahorros en los bolsillos, pero lo normal es que no vuelvan a tentar a la suerte. Pese a ello, a los *Hienas* no les suelen faltar porteadores.

Resumiendo, que estoy volviendo a divagar. Joe llamó a la puerta de los *Hienas* y éstos, tan hipócritamente amables como de costumbre, le entregaron un flete. El planeta de destino era uno de tantos del Cinturón Exterior que, como suele ser habitual en todos ellos, tras el colapso del Imperio y su posterior aislamiento durante siglos había acabado cayendo en la barbarie más absoluta. En realidad estos mundos fronterizos nunca llegaron a ser gran cosa ni tan siquiera durante los años de la Gran Expansión, así que no es de extrañar que ahora rozaran el salvajismo, sobre todo teniendo en cuenta que ni tan siquiera los civilizados planetas del Núcleo lograron librarse del todo del duro trance de los Años Oscuros.

En realidad entre los distintos Mundos Prohibidos hay bastantes diferencias de nivel cultural aunque, eso sí, todos ellos suelen tener en común su condición de sociedades preindustriales atrasadas, ya que ni tan siquiera en el más avanzado de ellos han conseguido redescubrir algo tan elemental como la electricidad o el motor de explosión. Claro está que, pese a todo, existen sensibles diferencias entre una organizada sociedad feudal y una horda de salvajes caníbales.

Aparentemente a Joe le había tocado un buen planeta. Sus habitantes eran, según le dijeron, unos pacíficos agricultores y ganaderos gobernados por reyezuelos lo suficientemente inteligentes como para no liarse a mamporros entre ellos y, lo más importante de todo, estaban relativamente acostumbrados a comerciar con nosotros. Aunque la mercancía más habitual solían ser los alijos de bebidas alcohólicas o, por hablar con mayor propiedad, los brebajes que pretendían pasar por ellas, en esta ocasión su naturaleza era muy distinta: juguetes.

Bueno, hay que matizarlo; juguetes para nosotros, y artilugios mágicos para ellos. Durante los interrogatorios a los que me sometió la Policía Interplanetaria -ojo, como testigo, no como inculgado- uno de ellos, un tío listo supongo, mencionó no sé qué de abalorios e indios. Como maldito sea lo que entendí de ello le pedí que me lo explicase, y el hombre me contó una historia acerca de unas viejas leyendas de la Tierra según las cuales exploradores con pocos escrúpulos engañaban a los pueblos primitivos que visitaban -¡en la misma Tierra!- ofreciéndoles objetos sin ningún valor, pero de aspecto atractivo, a cambio de bienes valiosos.

A saber si esta historia era cierta; a mí personalmente me resultaba muy difícil de creer que en la antigua capital imperial hubiera llegado a haber alguna vez, aunque fuera hace miles de años, pueblos primitivos como los de los Mundos Prohibidos; eso sí, no lo niego, la comparación era bastante buena. Los juguetes en cuestión no eran nada del otro mundo, unas simples consolas de holojuegos de esas que cualquier niño tiene desde que alza dos palmos del suelo. Nada tenían de particular ya que ni tan siquiera eran modelos recientes, y por si fuera poco les habían sustituido el receptor energético por unas micropilas de fusión

alimentadas por agua dado que en el planeta de destino, como cabe suponer, no existía nada ni remotamente parecido a las emisoras de electricidad, imagínense ustedes su atraso.

Pero estas fruslerías, en manos de sus destinatarios, serían consideradas poco menos que unas mágicas maravillas. Huelga decir que iban destinadas a una reducida élite: reyezuelos, alta nobleza y, en general, todos aquéllos lo suficientemente ricos como para pagarse un capricho regio al alcance tan sólo de unos pocos privilegiados. En realidad el verdadero negocio estribaba no tanto en los aparatos como en la venta posterior a sus propietarios de los chips de los juegos, por supuesto con cuentagotas y a precios realmente abusivos una vez conseguido un mercado cautivo, ya que allí, por extraño que parezca, tampoco existe ningún tipo de red informática global. No recuerdo si he olvidado decir que las consolas ya habían sido introducidas tiempo atrás, y que el cargamento de mi amigo estaba compuesto exclusivamente por chips.

Esto era sin duda mucho más limpio y cómodo que transportar en la bodega whisky o armas, por no hablar ya del engorro de los animales transgénicos, por muy hibernados que fueran, o de los mercenarios varios que se ganaban la vida dando tumbos de planeta en planeta, con el riesgo añadido de que te volaran la cabeza al menor atisbo de discusión con ellos. No obstante, la naturaleza del alijo no le libraría del celo persecutor de los federales, ya que los chips de marras eran considerados vete a saber por qué productos de alta tecnología (!) y, como tales, estaba fuertemente castigado su tráfico fuera de los límites de la Federación.

A mí me gustaría que alguien me dijera qué mal podían hacer unos juguetes inofensivos en manos de unos salvajes incultos que lo más que podrían hacer era estropearlos; ni tan siquiera en el caso, totalmente improbable dicho sea de paso, de que el alijo fuera capturado por los piratas de la Nebulosa Negra, como si no tuvieran otra cosa que hacer que cruzar media galaxia, éste podría servirles de mucho... pero a quienes hacen las leyes suele importarles muy poco si luego éstas son aplicadas de manera lógica o no. Y así estábamos.

El día de su partida Joe *Roeasteroides* se mostraba razonablemente confiado. Aunque no resultara fácil, era posible burlar a las patrulleras federales, y todos nosotros sabíamos cómo hacerlo... al menos, en teoría. Y aunque nuestros patronos se encargaban previamente de *convencer* a la bofia para que mirara hacia otro lado justo en el momento en el que nosotros teníamos que pasar por delante de sus narices, esto no siempre funcionaba como es debido... pero de otras más difíciles había salido y, aunque estaba lejos de ser un temerario, era plenamente consciente de sus bazas.

Quiso el azar que coincidiéramos casualmente en el astropuerto de Uhlán, un astroso pedrusco situado, valga la redundancia, en el mismo borde del Borde. Yo acababa de

aterrizar con un cargamento de semillas especialmente adaptadas para su duro clima -Uhlán estaba siendo terraformado, aunque que me lleve el diablo si merecía la pena el esfuerzo- y allí me lo encontré, por supuesto en la cantina. Tomamos unas copas, hablamos de nuestras cosas, nos deseamos buena suerte y nos separamos con un abrazo fraternal... al menos, eso fue lo único que pudo ver el espía oficial de los federatas, toda una institución al que sólo le faltaba ir disfrazado de siriopiteco para llamar todavía más la atención. Pero había que andar con cuidado; aunque ni Uhlán ni Irmine, el planeta del que dependía administrativamente, pertenecían a la Federación, los chivatos de los federatas pululaban por todos los lados. Además de nuestro amigo podía haber otros espías más discretos, realmente dábamos por hecho que los había; pero los comerciantes independientes siempre hemos sabido hablar sin correr el peligro de ser escuchados por oídos indiscretos. Ya en el interior de mi nave, y con el distorsionador antiescuchas -un último modelo, en esto no escatimábamos gastos- activado, pudimos hablar con tranquilidad sobre el motivo de su visita.

Para burlar la vigilancia de los federales Joe había fingido descargar en Uhlán y partir de allí de vacío, algo que a nadie podía extrañar dado que en tan mísero lugar lo único exportable eran las garrapatas del desierto, gordas como perros y voraces como lobos. De hecho, yo también tenía previsto marchar sin cargamento alguno. Durante el viaje de vuelta su nave sería abordada por un carguero de los *Hienas* y, ya sin testigos molestos, el alijo sería transbordado en pleno vuelo. El resto era ya cosa suya.

Tomamos juntos la última copa, nos deseamos mutuamente suerte y cada mochuelo se fue a su olivo; los comerciantes independientes no podemos permitirnos el lujo del sentimentalismo. A la madrugada siguiente abandoné Uhlán, tan sólo unos minutos después de que lo hiciera mi amigo.

Durante algún tiempo anduve de aquí para allá por toda la zona exterior del Borde. Aunque por fortuna los fletes no me faltaron, ninguno de ellos fue lo suficientemente sustancioso como para permitirme pasar una temporada en lugares más civilizados. Habría pasado cerca de un mes desde nuestro último encuentro, cuando volví a tener noticias de Joe. Pese a que en principio no entraba en mis planes cruzar en ningún momento la frontera que separaba el Borde de los Mundos Prohibidos, me corría bastante prisa hacer entrega de un cargamento, puesto que la puntualidad estaba premiada con una prima. A veces el trazado de la frontera resulta ser bastante caprichoso, con entrantes y salientes que dificultan el rumbo forzando a dar largos rodeos para evitar atravesarla; y éste era precisamente mi caso. De no haber mediado la dichosa prima no lo hubiera intentado, pero tenía bastante prisa... además, la incursión sería corta y no me acercaría demasiado a ningún planeta. Así pues, me arriesgué.

Poco después, ya en el exterior del Borde, los detectores de la nave recogieron la señal de alarma de una radiobaliza. Según su código, correspondía a la nave de Joe. El goniómetro indicó que la señal procedía de un sistema planetario relativamente cercano, apenas a dos o tres parsecs de distancia, y una rápida comprobación de las cartas de navegación confirmó mis sospechas. Se trataba del planeta al cual había viajado con su cargamento de chips.

El azar volvía a cruzar nuestros destinos, pero en esta ocasión todo parecía indicar que tenía lugar bajo condiciones mucho más dramáticas. Durante unos instantes dudé sin saber que hacer, si dirigirme directamente en busca de mi amigo o, si como dictaba la prudencia, dar aviso a la Comandancia Federal o a la patrullera más cercana. Por fortuna en esta ocasión estaba limpio y mi cargamento era totalmente legal -bueno, casi-, y traspasar ligeramente la frontera para atajar tal como yo había hecho, máxime habiendo por medio una llamada de socorro, tan sólo me supondría una tibia reprimenda. Pese a todo, los federatas no eran tan mala gente.

Llamé, pues, por hiperradio a la comandancia de Amarante informando de lo sucedido. Me respondieron que mandarían una patrullera tan pronto como pudieran, pero por desgracia en esos momentos no se encontraba ninguna lo suficientemente cerca de allí; tenía gracia que, para una vez que se les necesitaba, tuvieran que brillar por su ausencia. Me ofrecí entonces a adelantarme a ellos, lo cual aceptaron a regañadientes; era evidente que no les entusiasmaba mi iniciativa, pero eran plenamente conscientes de los fuertes lazos de solidaridad que existían entre nosotros, y de sobra sabían que un comerciante independiente jamás dejaba en la estacada a un compañero. Eso sí, me bombardearon con advertencias de todo tipo que, tanto ellos como yo, teníamos la certeza de que me iba a saltar a la torera.

El caso es que me salí con la mía y, con el consentimiento más o menos tácito de los federatas -más adelante tendría que darles explicaciones por mi presencia allí, pero eso era algo que por el momento no me preocupaba- partí en auxilio de mi amigo.

La señal, aunque débil, me permitió localizar el foco emisor con relativa facilidad. Pero no se trataba de la nave tal como había esperado, sino de una radiobaliza situada en órbita geosincrónica. Esto complicaba las cosas; todos los buques cuentan con un sistema de alarma automático que se activa en caso de emergencia, y eso quería decir que mi amigo se encontraba en dificultades. Todavía no sabía que el pobre *Roeasteroides* era ya un fiambre, pero comencé a temer que le hubiera ocurrido algo.

Sabía que la radiobaliza debía de estar situada sobre la vertical de la astronave, posada con toda seguridad en la superficie del planeta; así pues, teniéndola localizada, inicié las

maniobras de aterrizaje adoptando, eso sí, toda una serie de precauciones que a buen seguro mi confiado amigo no había tenido en cuenta.

Con el alma en vilo desgrané la escasa media hora que me llevó atravesar la atmósfera lanzando continuas llamadas por la radio, ninguna de las cuales recibió respuesta. Este silencio no tenía por qué ser forzosamente malo, podía tratarse de una avería que hubiera afectado a la emisora de Joe; pero algo en mi interior intuía que era algo realmente grave, como efectivamente lo fue.

La nave de Joe se encontraba posada en mitad de un desolado páramo, desierto de todo tipo de vida animal y, casi, también de vegetal. Aparentemente se encontraba en buen estado y sin signo alguno de haber sufrido daños, pero cuando me posé apenas a cincuenta metros de ella descubrí algo que me heló la sangre: la escotilla estaba abierta de par en par, algo que en esas circunstancias jamás haría nadie en su sano juicio.

Con toda la rapidez que me permitía mi estado de ánimo concluí las maniobras de aterrizaje, eché mano de la pistola que todos llevábamos con nosotros pese a estarnos taxativamente prohibido, abrí la escotilla y, tras atisbar a uno y otro lado, eché pie a tierra con cautela. La tranquilidad era absoluta y no se oían más ruidos que el suave roce del viento al pasar a través de los raquíticos arbustos que salpicaban el terreno, pero no me fiaba del aspecto inofensivo del entorno; algo le había pasado a Joe y, hasta que no lo descubriera, convenía ser precavido. Cerré la escotilla de mi nave y recorrí a la carrera la distancia que me separaba de mi destino, aunque no sin dejar de mirar constantemente hacia atrás.

La nave de Joe, como la mayor parte de las nuestras, tenía una cámara de descompresión que se abría a un corto pasillo en cuyo extremo, hacia proa, se encontraba la cabina, distribuyéndose a lo largo del mismo el resto de las dependencias del habitáculo. El portón de acceso a la bodega de carga se situaba en la popa, pero en esta ocasión el escaso volumen que ocupaba la mercancía transportada podía haber motivado que Joe no se hubiera molestado en abrirlo, prefiriendo utilizar la más cómoda escotilla. Esto no explicaba que la mantuviera abierta, salvo que en ese mismo momento hubiera recibido la visita de los nativos; pero entonces, ¿por qué razón había lanzado la radiobaliza de emergencia?

Decididamente las cosas no marchaban como deberían ir. Haciendo de tripas corazón - al fin y al cabo la violencia no es lo mío-, llegué hasta la escotilla, miré en su interior con precaución y, tras comprobar que allí no había nadie, me encaminé a la cabina, ya que la puerta interior de la cámara de descompresión se encontraba asimismo abierta. En la cabina tampoco había nadie... vivo. Su único ocupante era el cadáver de *Roasteroides*, brutalmente asesinado a juzgar por el lamentable aspecto de sus despojos.

Tras superar el golpe inicial registré la totalidad de la nave, bodega incluida, sin encontrar a nadie más en su interior, ni vivo ni muerto. Todo parecía indicar que mi amigo había sido víctima de un ataque de los nativos, los cuales se habían dedicado acto seguido a saquear concienzudamente el vehículo llevándose cuanto encontraron y destrozando el resto. El aspecto del mismo era, como cabe suponer, desolador.

¿Qué había podido ocurrir? No fue sino hasta más tarde, de vuelta ya a la civilización, cuando tuve ocasión de saberlo; todo se había debido a una absurda y trágica equivocación. Siempre que se procede a cartografiar un planeta, antes de todo es preciso definir cual de sus dos polos corresponde al norte, y cual al sur; en principio caben dos posibles opciones, ambas igualmente válidas. El criterio seguido, consiste en elegir aquélla en la que los sentidos de la rotación y la traslación coinciden con los de la Tierra. Pero el planeta al que viajó Joe, del cual ni tan siquiera llegó a conocer su nombre, no estaba cartografiado, y dio la maldita casualidad de que, con respecto al plano de la trayectoria de su nave, la eclíptica presentara un ángulo cercano a los 180 grados. Vamos, que todo estaba boca abajo. Joe no se debió de dar cuenta de que el planeta giraba al revés, al fin y al cabo él no era astrónomo, y como carecía de mapas de su superficie y sólo contaba con unas coordenadas geográficas, sucedió lo inevitable: se equivocó de hemisferio, aterrizando en el continente situado justo en las antípodas de su verdadero destino.

Esto no hubiera tenido mayor importancia -habría bastado con despegar y aterrizar en el lugar adecuado- de no mediar un hecho insólito, la existencia de grandes diferencias culturales entre las distintas regiones del planeta. Por sorprendente que pueda parecer, tal como he comentado anteriormente al hacer alusión a los legendarios e inverosímiles indios de la Tierra preimperial, en un lugar tan pequeño como era ese planeta coexistían varias culturas con distintos grados de civilización. Y por si fuera poco, los ya de por sí atrasados clientes de mi amigo resultaron ser el colmo de la sofisticación en comparación con los salvajes que habitaban en el lugar al que para desgracia suya fueron a dar sus huesos.

El resto resultaba fácil de adivinar. Confiado en ser recibido amistosamente, Joe debió de abandonar la astronave sin adoptar ningún tipo de precauciones, siendo asaltado y muerto por la horda bárbara con la que tropezó. Es de suponer que al ser atacado intentaría volver a la nave, donde fue cazado por sus perseguidores y asesinado de forma despiadada.

Y ahí estaba yo, encerrado en una ratonera y sin más compañía que un cadáver destrozado. En realidad nada se me había perdido allí y ni tan siquiera podía hacer lo más mínimo por ayudar a mi infortunado compañero, pero me dolía dejarlo tirado como un perro; al menos, se merecía un entierro decente.

Lo primero que hice fue cerrar la escotilla en previsión de nuevos asaltos. Por suerte los mandos de las astronaves solían estar contruidos con una gran robustez a prueba de



accidentes, de forma que, a pesar del desolador aspecto que presentaba la cabina, éstos respondieron con docilidad aislándome de cualquier peligro procedente del exterior. El siguiente paso consistió en programar al asistente de vuelo en modo de control remoto; mi intención era sacar a la astronave de allí, pilotándola desde la mía, y ponerla en órbita, donde podría ser recogida por los patrulleros.

Una vez hecho esto, tan sólo me quedaba volver a mi propia nave. Parecía sencillo, pero sentía miedo ante la perspectiva de tener que recorrer el espacio que separaba a los dos vehículos expuesto a una posible agresión de los asesinos de Joe. Ciertamente tenía una pistola y estaba sobre aviso, pero ¿qué podría hacer yo solo frente al ataque simultáneo de varios enemigos? Claro está que allí no me podía quedar.

Armándome de valor me dirigí hacia la escotilla. Mientras recorría el pasillo caí en la cuenta de que el cargamento de chips había desaparecido, probablemente robado por los nativos. Pese a lo dramático de la situación, este descubrimiento me hizo sonreír. ¿Para qué querían esos salvajes unos artefactos de alta tecnología cuya utilidad no podían ni tan siquiera sospechar? Resultaba irónico pensar que el pobre Joe había perdido la vida por culpa de algo que sus asesinos no sabían ni siquiera lo que era.

Recordé entonces algo que habíamos comentado en la conversación, que me parecía ya tan lejana, que mantuvimos en el astropuerto de Uhlán. Yo argumentaba que, sin compartir los criterios aislacionistas de la Federación respecto a los Mundos Prohibidos, sí pensaba que debía de haber ciertos límites en la venta de mercancías a estos planetas, ya que no sólo no tenía sentido, sino que además podría resultar contraproducente, poner en manos de gente tan atrasada objetos a los cuales no estaban acostumbrados y que podrían llegar incluso a ser peligrosos para ellos.

Joe se había burlado de mis temores afirmando que cada cual era muy dueño de hacer lo que más le apeteciera, y que si alguien prefería usar un libro para calzar una mesa coja en lugar de leerlo, estaba en su perfecto derecho de hacerlo. Y, aunque pudiera parecer incongruente vender a una sociedad medieval unos aparatos tan sofisticados como los holojuegos, eso no era problema nuestro, independientemente de para qué los utilizaran.

He de reconocer que no le faltaba razón; pero teniendo en cuenta el barbarismo de aquéllos en cuyas manos habían acabado cayendo los chips, el sarcasmo no dejaba de ser tremendo. Al fin y al cabo, los habitantes del hemisferio opuesto eran medianamente civilizados y disponían de aparatos reproductores, independientemente de que luego sus santones los pudieran utilizar como oráculos presuntamente divinos; pero ¿para qué les servirían los chips a unos salvajes que, según todos los indicios, estaban tan sólo un punto por encima de los animales?

Encogiéndome filosóficamente de hombros, decidí desentenderme del tema. Ahora mis preocupaciones eran otras mucho más urgentes, tenía que volver a mi nave con el pellejo a salvo. Entreabrí la escotilla lo justo para asomar cautelosamente la cabeza y, tras comprobar que nada perturbaba en apariencia la tranquilidad reinante, terminé de abrirla saltando al suelo.

Nada extraño se apreciaba en el espacio que mediaba entre las dos astronaves y, hasta donde me alcanzaba la vista, el terreno se mostraba desierto. Respirando profundamente el fino aire del planeta, cerré la escotilla de la nave de Joe, amartillé la pistola y eché a correr como alma que lleva el diablo.

Me faltarían cosa de dos o tres metros para llegar a mi nave, cuando esgrimí el mando a distancia que controlaba la apertura de la escotilla, con tal mala suerte que, por culpa de las prisas, se me escapó de las manos. Al intentar recogerlo sin detenerme trastabillé, y acabé dando con mis huesos en el suelo; este tropiezo me salvó la vida. Un fuerte golpe en el casco de la nave, justo al final de la trayectoria que había ocupado instantes antes mi cabeza, retumbó como un cañonazo en el silencio que me rodeaba. Perplejo descubrí que se trataba de un hacha, no por tosca menos efectiva a la hora de abrirte la sesera como si de un melón se tratara.

Me revolví en el suelo como buenamente pude, descubriendo que un gigantesco individuo se abalanzaba sobre mí con ánimo de clavarme una enorme lanza. Sin duda había estado al acecho aguardando a mi salida, y detrás de él pude vislumbrar de forma difusa la presencia de varios nativos más, quizá hasta media docena.

No lo dudé un solo instante, y gracias a mis reflejos evité quedar ensartado como una aceituna. Sin apuntar siquiera alcé la pistola y disparé a bocajarro, descerrajándole un tiro en mitad del pecho instantes antes de que me alcanzara con la afilada hoja. Mi pistola era un anticuado modelo de pólvora, nada de esas modernidades láseres que hacen ahora, lo cual fue una suerte dado que el ruido del disparo sirvió para espantar a los compañeros del muerto, que huyeron despavoridos. De no haber sido así, dudo mucho que hubiera podido defenderme de todos ellos.

Era evidente que la pistola les resultaba algo completamente desconocido que les aterrorizaba, lo que indicaba que al pobre Joe le habían cazado como a un conejo antes de que hubiera podido defenderse. Pero yo no estaba para deducciones lógicas ni sentía la menor curiosidad hacia las peculiaridades culturales de los salvajes, de eso ya se encargaban, si querían, los federales; tan sólo quería salir de allí lo más rápidamente posible. Pero en el transcurso de la refriega había perdido el mando que abría la escotilla.

Lo busqué desesperadamente mientras con el rabillo del ojo vigilaba un posible retorno de los atacantes, sin el menor resultado. Todo parecía indicar que debía de haber quedado debajo del cadáver que, tendido de bruces, yacía despatarrado en el suelo. Bien, no quedaba otro remedio, así que, haciendo de tripas corazón, me tragué mis escrúpulos y, tras asir al muerto por uno de los brazos -lo que me obligó a soltar la pistola para poder usar las dos manos-, intenté darle la vuelta.

El fiambre, un hombretón de dos metros de altura y envergadura a juego, apestaba a sudor rancio y a otros *perfumes* de origen inidentificable, pero no menos nauseabundos. Estaba desnudo a excepción de un tosco taparrabos, pero buena parte de su piel, curtida por el sol y la intemperie, se encontraba recubierta de complicados tatuajes. El pelo, largo y enmarañado, presentaba un aspecto sucio y grasiento que a buen seguro haría las delicias de la fauna residente en tan intrincada selva.

Me costó bastante trabajo ponerlo boca arriba; el fulano debía de pesar al menos sus buenos cien kilos, y no precisamente de grasa sino de puro músculo. Comprobé entonces que mi disparo no había podido ser más afortunado, ya que la bala, de un respetable calibre, había abierto un enorme agujero justo a la altura del esternón. Dadas las circunstancias, podía decirse que acababa de nacer de nuevo.

Pero no era eso lo que me preocupaba en ese momento, sino el dichoso mando a distancia. Y allí estaba, al lado de la mancha de sangre producida por la herida. Lo recogí con precipitación, eché mano también a la pistola y, tras comprobar que no había moros en la costa, ya más tranquilo procedí a abrir la escotilla, que en esos momentos se me mostraba como si fueran las mismísimas puertas del Paraíso.

Nada me quedaba ya por hacer, salvo entrar en mi nave y largarme de allí con viento fresco, pero mi instinto de cazador afloró repentinamente tentándome con el capricho de un trofeo. Al fin y al cabo, me dije, una vez pasado el peligro ¿por qué no llevarme un recuerdo de la refriega con el que poder presumir en las cantinas de los astropuertos?

Dicho y hecho. Aunque el posible botín no podía ser más mísero, fijé mi atención en las armas de mi víctima, el hacha y la lanza con las que había estado a punto mismo de mandarme al otro barrio. Recogí primero el hacha, que yacía junto al casco contra el cual había chocado, y me volví a continuación a por la lanza, que había quedado tendida al lado del cadáver. Esto hizo que por vez primera viera su rostro, en el cual la brutalidad de sus rasgos hacía difícil sospechar que alguna vez sus mucho más civilizados antepasados hubieran podido atravesar el universo, a bordo de astronaves, hasta llegar a ese piojoso rincón de la galaxia.

Pero lo que más me llamó la atención, fueron unos curiosos pendientes que colgaban de sus orejas, los cuales parecían ser de un diseño demasiado refinado como para poder ser un producto de la tosca industria local. Tras asegurarme una vez más de la inexistencia de enemigos, y picado por la curiosidad, me incliné sobre la cabeza del muerto para poderlos observar con mayor detenimiento; y los identifiqué al instante, vaya si los identifiqué... se trataba de los chips robados a mi amigo Joe que, perforados y ensartados en un burdo cordón, ahora ejercían de paradójicas joyas de ese café.

No eran éstos los únicos adornos de este tipo que exhibía el salvaje, ya que varios más habían sido cosidos de forma caprichosa al taparrabos y otros dos oficiaban de sendos *piercings* en las tetillas del muerto. Al parecer los asesinos de Joe habían dado un gran valor al puñado de cristalitos negros robados de su nave, encontrando para los mismos un insólito uso ornamental que ni tan siquiera habían sospechado ni sus fabricantes ni sus legítimos destinatarios... pero no por ello menos funcional, al menos conforme a sus exóticos criterios.

El atisbo de una sombra fugaz escabulléndose en la lejanía me recordó que seguía estando en peligro. Puede que fuera tan sólo un animal inofensivo, o quizá un simple juego de luces, pero preferí no correr riesgos innecesarios. Así pues, sin encomendarme ni a Dios ni al diablo eché mano a la lanza, que no era cuestión de quedarme sin el recuerdo, y me zambullí en el acogedor refugio de la nave, cerrando precipitadamente la escotilla desde dentro. Una vez a salvo, y apenas hube recuperado el resuello, me precipité al cuarto de baño para echar hasta la primera papilla. El susto había sido de campeonato, y ahora me tocaba pagar la factura.

Tras darle un buen tiento a la botella de bourbon que guardaba para las ocasiones en las que necesitaba tranquilizarme rápidamente, y relajarme con una ducha que me supo a gloria, abandoné el maldito planeta llevando tras de mí, como si se tratara de un obediente perrito faldero, el improvisado ataúd en el que se había convertido la nave de mi compañero. Me puse en órbita justo en el lugar marcado por la radiobaliza, mandé un mensaje a los patrulleros que, como cabía esperar, seguían brillando por su ausencia, y me senté a esperar no sin antes poner a buen recaudo mis trofeos, no fuera a ser que me los requisaran después de haberme jugado el pellejo.

Dadas las circunstancias los federatas fueron bastante considerados conmigo, pero no conseguí librarme de su amable *invitación* de acompañarlos hasta Amarante. Allí fui sometido a un minucioso interrogatorio, siempre en condición de testigo y, tras agradecerme la ayuda prestada -habría andado listo si llego a esperarlos antes de aterrizar en el planeta- me dieron permiso para largarme, así que no dejé que me lo dijeran dos veces. Aunque estaba completamente limpio y me trataron con todo respeto, no dejaba de encontrarme incómodo en su compañía, supongo que sería por la falta de costumbre. En

cuanto a Joe, me dijeron que ellos se harían cargo de todo, así que me desentendí del asunto. Más adelante le honraríamos convenientemente en las tabernas del Borde, ya que los comerciantes independientes solemos ser poco amigos de funerales y zarandajas por el estilo. Eso sí, me consta que, de haber podido dar su opinión, el viejo *Roeasteroides* habría estado de acuerdo con nosotros.

De momento eso fue todo. Puesto que Joe, al igual que la mayor parte de nosotros, carecía de familia que pudiera reclamar sus bienes, los federales procedieron a subastar la astronave entregando su importe, una vez descontado los gastos del sepelio, al Montepío de Comerciantes, el cual se encargó a su vez de repartirlos entre sus asociados. Por haber sido yo quien la rescatara me correspondió un buen pellizco, lo que me permitió ir tirando durante una temporada sin necesidad de complicarme demasiado la vida por esos andurriales. Todavía estaba muy lejos de sospechar que me la acabaría complicando, y de qué manera.

Todo empezó cuando un buen día decidí enseñar a mis amigos los *recuerdos* que me había traído del planeta, esto es, el hacha y la lanza que arrebaté al nativo muerto. Me encontraba en Tangalia y habíamos decidido dar una pequeña fiesta en honor a Joe, así que la ocasión no podía venir mejor pintada. La verdad es que, después de esconder precipitadamente las armas para evitar que éstas fueran descubiertas por los federales, me había olvidado de ellas. Así pues las busqué y, dado que estaban completamente cubiertas por una gruesa capa de mugre cuya naturaleza era mejor no intentar de averiguar, me puse a limpiarlas concienzudamente con objeto de poder presumir de ellas.

Pese a mi impresión inicial, precipitada a causa de las circunstancias, las hojas resultaron no ser de piedra tal como había creído en un principio, sino metálicas y además bastante pesadas. Yo supuse que debería de tratarse de algún tipo de bronce, pero cuando después de bastantes esfuerzos conseguí dejarlas limpias, descubrí con asombro que brillaban con un hermoso tono dorado.

No podía ser, tenía que estar equivocado; tanto el hacha como la lanza parecían ser de oro... pero tenían que ser de otra cosa, quizá latón o algo similar, ya que era inconcebible que esos salvajes pudieran tener en su poder semejante tesoro.

Puesto que mis conocimientos de joyería no podían ser más limitados, limé cuidadosamente una de las piezas y, recogiendo las limaduras en una bolsita, se las llevé a un joyero -bueno, en realidad estaba más cerca de ser perista- de confianza, el cual confirmó al cien por cien mis sospechas: se trataba de oro puro de 24 kilates, ni tan siquiera llevaba la mezcla de cobre que suelen añadirle los joyeros para hacerlo más resistente al desgaste. Como mucho había algunos pequeños rastros de plata, que él atribuyó a las propias impurezas de la mena.

Tras soltarle al perista una excusa improvisada, me marché precipitadamente de su tugurio. En mi nave guardaba una pequeña fortuna sin haberlo sospechado siquiera, y desde luego era mi intención sacarle el mayor partido posible... pero no allí, por supuesto, ya que en un sitio tan pequeño todo se acababa sabiendo y no me convenía compartir mi secreto con nadie. Bien, no les voy a aburrir con detalles poco importantes. Celebramos la fiesta, por supuesto, pero me cuidé mucho de enseñar a nadie mis tesoros. Me marché de Tangalia en cuanto pude sin correr el riesgo de levantar sospechas por mi precipitación, y conseguí colocar la mercancía a buen precio en el mercado libre de Tarsis. Con el dinero obtenido le di un buen remozado al cascajo con el que me ganaba la vida, que buena falta le hacía... y entonces me tentó la codicia.

Todo parecía indicar que el continente en el que habitaban los salvajes debía de ser extremadamente rico en oro, ya que sólo así se explicaba que éstos lo utilizaran para utensilios tan comunes como sus propias armas. Y puesto que nadie, ni tan siquiera los propios federales, podía sospechar la fortuna que se escondía en ese desecho de la galaxia, mi secreto estaba aparentemente bien guardado. Hice mis cálculos y deduje que, con un único viaje que me resultara fructífero, podría obtener tal ganancia que me permitiría retirarme para siempre, que los años ya comienzan a pesar y cada vez se me pone más cuesta arriba ir de planeta en planeta. Por suerte soy ahorrador, así que, con lo que ganara y con el importe de la venta de la astronave tendría probablemente suficiente para vivir tranquilamente de las rentas durante el resto de mi vida. Y si pese a todo no era suficiente, siempre podría hacer un segundo viaje...

Así pues, puse manos a la obra. Adquirir un cargamento de chatarra informática me resultó sencillo, además de barato; total, si los salvajes iban a usar los chips de adorno, tanto daba que éstos fueran del último modelo o de desecho; total, no se iban a enterar. Viajar hasta el Borde y burlar a los federales tampoco tendría que ser demasiado difícil, ya que había tenido ocasión de comprobar que no debían de aparecer mucho por allí.

Y así estoy ahora, camino de ese planeta sin nombre -en los mapas estelares figura con un simple código alfanumérico- al que yo me he permitido bautizar pomposamente como Eldorado. Todavía queda otro escollo pendiente, sin duda el más peliagudo de todos, entrar en contacto con los salvajes sin que me rebanen el cuello y convencerlos para que acepten mis bonitas *joyas* a cambio de sus *vulgares* cacharros. ¿Lo conseguiré? Espero que sí, pero soy consciente de que corro el riesgo de que mis huesos acaben blanqueándose bajo el implacable sol de Eldorado. Por esta razón, y por si así ocurriera, dejo escrito este relato en el cuaderno de bitácora, pidiendo a quien lo encontrara que tenga la piedad de enterrar mis despojos.

Salud.

## FIAT LUX

Probablemente, ya desde el instante mismo en que el primer mono alzó sus ojos al firmamento, preguntándose qué podrían ser esas enigmáticas luces que brillaban allá en lo alto, la humanidad se planteó como uno de sus principales retos descubrir el misterio que se ocultaba *allá arriba*.

En un principio, y a falta de información fidedigna, recurrió a su fértil imaginación poblándolo de ángeles y diablos, o dioses y antidioses de todo tipo, hasta tejer en torno suyo las más bellas leyendas surgidas jamás de una mente humana. Más tarde vendrían épocas racionalistas, en las cuales la ciencia se encargó de liquidar, casi diríase que con sañuda crueldad, todo este acervo romántico varias meces milenario. La Vía Láctea ya no eran las salpicaduras de la leche de Amaltea, nodriza del divino Zeus, sino una prosaica - aunque bella- agrupación de miles de millones de estrellas que rotaban en torno a un eje común. Hércules, Andrómeda, Casiopea, Pegaso, y tantos otros poéticos nombres, dejaron de emular a sus homónimos mitológicos para quedar reducidas a simples configuraciones de estrellas, completamente arbitrarias además y, por supuesto, incapaces de influir en modo alguno en el devenir de los mortales. Júpiter, Saturno, Marte, Venus... se convirtieron en simples planetas, desprovistos ya de su primitiva aura divina. Incluso la Luna y el Sol, tan venerados en el pasado por multitud de civilizaciones, se vieron privados de sus seculares identificaciones con Selene y Helios, limitados a su condición astronómicas de compañeros siderales de la Tierra a lo largo de su milenaria travesía cósmica.

Pero no todo estaba perdido. Los astrónomos, en un principio con sus toscos telescopios, y más tarde con artefactos cada vez más sofisticados, auxiliados asimismo por sondas espaciales capaces de llegar hasta donde no podía hacerlo el inquieto hijo de Adán, pronto empezaron a desvelar maravillas ni tan siquiera sospechadas por los ancestros de estas nuevas y tecnificadas generaciones.

Cierto, en el universo no habitaban dioses de ningún tipo, ni tampoco se encontraron rastros de ángeles o diablos, pero en su seno existían maravillas tales como los anillos de Saturno, los sorprendentemente variados satélites de los planetas gigantes, el intrincado y a la vez sutil mecanismo que regulaba la compleja danza cósmica de las decenas de miles de astros de todos los tamaños que conformaban el cada vez más complejo Sistema Solar...

Fuera de nuestro Sistema Solar, los regalos florecían asimismo por doquier. Galaxias majestuosas, convulsas nebulosas de insospechadas configuraciones y sorprendentes colores, brillantes estrellas oficiando a modo de faros cósmicos, apocalípticas supernovas cuya muerte alentaba el nacimiento de nuevos astros, abigarrados cúmulos estelares en los

que las estrellas se arracimaban hasta casi tocarse... Y otras muchas maravillas que los toscos y limitados sentidos del Hombre, aun auxiliados por las prótesis de sus potentes instrumentos, a duras penas eran capaces de discernir, fenómenos en definitiva que se escapaban por completo a la reducida capacidad de aprehensión humana pero que, pese a todo, podían ser de una u otra manera intuitivos.

*“No puede ser que toda esta riqueza no llegue nunca a ser disfrutada”*. - dijeron unos.

*“Dios, en su omnipotencia, ha debido crear el universo para goce de todas sus criaturas”*. -apostillaban los creyentes, añadiendo:

*“Si en algún lugar, o en algún tiempo, existe o ha existido el Edén, éste ha de ser buscado en el infinito e inabarcable universo”*.

Y el Hombre se dispuso a reclamar su herencia... o la de otros, porque cada vez comenzó a calar con mayor fuerza en su subconsciente colectivo la idea de que no podía encontrarse solo; sería una crueldad no poder compartir tanta riqueza con sus anhelados hermanos cósmicos.

Y los buscó, cada vez con mayor ahínco. En un principio, cuando todavía estaba constreñido a los estrechos límites de su mundo natal, se dedicó a hacerlo de la única manera que le era posible, con su imaginación. Más tarde, cuando sus toscos vehículos espaciales comenzaron a abandonar la Tierra arañando apenas la piel de su firmamento más cercano, probó suerte en los pocos astros que se encontraban a su alcance, aunque sin el menor resultado; El Sistema Solar jamás había alentado otra vida que aquella que surgiera, probablemente de forma accidental, en los cálidos mares de una recién nacida Tierra, y el Hombre descubrió, o mejor dicho, confirmó, lo que ya temiera: carecía de congéneres que pudieran compartir con él los rayos benéficos de un mismo Sol.

Este fracaso no le arredró. Más allá de los helados confines del Sistema Solar había miles, millones de estrellas, y muchas de ellas eran similares a aquella que los alentaba. ¿Por qué no podían girar en torno suyo planetas que fueran el hogar de humanidades hermanas? Tanto la lógica, como las leyes de la probabilidad, determinaban que debería ser así.

Por desgracia, las estrellas estaban demasiado lejos de su alcance. Ni aun con el esfuerzo conjuntado de varias generaciones sucesivas, la humanidad lograría llegar siquiera a las más cercanas... y presumiblemente, lo mismo les ocurriría a los hipotéticos habitantes de las mismas.



*“El Hombre -decían los científicos- es muy probable que no esté solo en el universo, pero de lo que no cabe duda, es de que está aislado por la vastedad de las distancias interestelares, y casi con toda seguridad lo seguirá estando hasta el final de sus días”.*

La Historia demuestra, no obstante, que el Hombre suele acabar burlándose de cuantos obstáculos puedan interponerse en su camino. Lo hizo en el pasado una y otra vez, saltando limpiamente por encima de barreras que hasta poco antes habían sido tenidas por infranqueables, y lo volvió a hacer una vez más dando pruebas de que su inventiva, siempre pareja a su intrepidez, parecía no tener límites. Así, tras una lucha tenaz no exenta de fracasos, pero salpicada asimismo de aciertos, logró finalmente algo que muchos habían tachado de imposible, salvar la barrera que le separaba de las estrellas.

Cuando el primer astronauta terrestre holló con sus pisadas un astro remoto que giraba en torno a otro sol, la humanidad fue consciente de que acababa de abrirse una nueva época en el varias veces milenario devenir de su historia.

La exploración de los sistemas solares cercanos en un radio de unos pocos años luz de distancia -todo lo que podían recorrer sus primeros, y todavía primitivos, vehículos interestelares-, rindió pingües resultados a la ciencia, pero el interés básico que había inducido a visitarlos, la búsqueda de inteligencias extrasolares, tampoco pudo rendir el menor resultado. De hecho, los astronautas fueron incapaces de encontrar siquiera un único planeta apto para la vida. Habían descubierto, eso sí, un buen puñado de sistemas planetarios extremadamente complejos, a la par que interesantes en su fascinante diversidad, pero el Hombre seguía estando solo.

Claro está que, pese a la vertiginosa expansión de sus fronteras, las regiones conocidas por el Hombre eran apenas una infinitésima fracción de la inconmensurable vastedad del universo. Más allá del limitado alcance de sus vehículos seguía habiendo millones, billones, trillones de estrellas aguardando ser visitadas... que seguían estando demasiado lejos. Pero el Hombre no se arredró.

Lenta, pero de forma tenaz, sin cejar nunca en el empeño y sin retroceder jamás, la humanidad fue llegando cada vez más lejos. Sus proezas eran apenas nada comparadas con la inmensidad que todavía quedaba fuera de su alcance, pero suponían no obstante lo suficiente como para mantener vivo el espíritu milenario del *plus ultra* que había imbuido a la especie humana ya desde que sus remotos ancestros abandonaran su cuna africana en busca de nuevos y desconocidos horizontes; siempre más allá.

Poco a poco se fueron alcanzando nuevos sistemas planetarios cada vez más lejanos, cada vez más extraños... y siempre desiertos. En algunos de ellos, no obstante, se descubrieron al fin los ansiados rastros de vida, pero en la totalidad de los casos ésta no

pasaba de estar limitada a las etapas más embrionarias de su desarrollo, muy alejada por tanto no sólo del nivel necesario para que pudiera prender en ella la chispa de la inteligencia, sino incluso de una ecología mínimamente evolucionada. Se dejaron tranquilos, pues, a estos planetas; quizá dentro de varios miles de millones de años, cuando del hombre no quedara ya ni tan siquiera el recuerdo de su paso por el universo, pudiera repetirse en ellos el milagro que condujo a la aparición del *Homo sapiens* sobre la faz de la Tierra.

En determinadas ocasiones se decidió, por el contrario, terraformar planetas desprovistos de vida pero en los cuales, merced a colosales proyectos de transformación, se confiaba en poder trasplantar en su día la vida originaria de la Tierra. En el mejor de los casos el proceso llevaría siglos, quizá milenios, pero no era esta dificultad algo que arredrara a sus promotores; aunque ellos no pudieran ver concluida su obra, ya lo harían sus descendientes. Lo que importaba era la humanidad en su conjunto, no ninguno de sus efímeros miembros.

Transcurrieron los años, y las generaciones se sucedieron las unas a las otras sobre la faz de la Tierra y, cada vez con mayor firmeza, en la siempre creciente fracción del cosmos dominada por su inquieta progenie. Eran ya muchos los planetas habitados, y todavía más los explorados que resultaron no ser aptos para la vida... para ningún tipo de vida. Pese a los cada vez más poderosos medios de que disponía, la humanidad seguía sin encontrar a sus iguales, anidando en ella, cada vez con mayor desazón, el terrible temor de que pudiera encontrarse realmente sola en el universo.

Mientras tanto el Hombre había evolucionado, convirtiéndose en algo muy diferente no sólo a los homínidos ancestrales, sino también al remoto antepasado que pergeñara las primeras y todavía balbuceantes tentativas de abandonar su minúsculo mundo natal. Si bien su cuerpo seguía conservando el patrimonio genético heredado de su pasado, su mente era infinitamente más poderosa, y los medios materiales puestos a su alcance corrían parejos con ella. El hogar humano se extendía por buena parte de la Vía Láctea, y el resto de ella le ocultaba ya pocos secretos; pero el Hombre seguía estando solo.

Quizá no ocurriera así en otras galaxias, proclamaban los más optimistas. ¿Por qué no imaginar que cada uno de estos universos isla pudiera ser el hogar de una única inteligencia cósmica? Al fin y al cabo, entre los miles de millones de galaxias que salpicaban la vastedad del universo, era imposible creer que sólo en la nuestra hubiera fructificado el milagro de la vida. Pero seguían estando demasiado lejos...

La humanidad ya no medía el tiempo por años, sino por milenios. Poco tenía ya en común su sofisticada capacidad mental con la de sus remotos ancestros, pero seguía compartiendo con éstos su espíritu de ir siempre más allá, en busca de la última frontera.

El salto a otras galaxias llegó al fin, con esa inexorabilidad que había determinado desde tiempos inmemoriales el devenir humano. Y allí buscó de nuevo el Hombre a sus iguales, con el mismo afán de siempre pero con idéntico y frustrante resultado.

La humanidad era capaz ahora de realizar maravillas manipulando a su antojo el entorno que le rodeaba, pudiendo incluso adaptar galaxias enteras a sus propias conveniencias. Podía modelar también a los seres vivos que le habían acompañado en el largo y tortuoso camino de la evolución, dotándoles de una inteligencia que los convirtiera casi en sus iguales; y así lo hizo, en busca de la compañía que tan desesperadamente necesitaba.

El Hombre, en definitiva, había llegado a ser casi un dios... pero no era Dios, ya que seguían quedando completamente fuera de su alcance algunas atribuciones divinas tales como la de crear vida de la nada, algo muy diferente a transformar la ya existente; porque estas nuevas humanidades, modeladas a su imagen y semejanza a partir de un acervo genético común, no eran en realidad sino avatares de él mismo, con los cuales compartía el afán común de buscar a sus verdaderos e inencontrables hermanos cósmicos.

Y seguía estando solo.

El Hombre continuó evolucionando, cada vez menos sujeto a la tiranía de la carne y cada vez más dueño de su propia y poderosa mente. El Universo entero estaba sometido ahora a su dominio, aunque había pasado mucho tiempo desde que dejara de habitar en los minúsculos y efímeros -para su actual escala temporal- planetas. Su longevidad era ahora comparable a la de las estrellas, a las cuales veía nacer, florecer y morir de forma habitual.. El Hombre ya no habitaba en el Universo, *era* el Universo. Pero carecía de compañía alguna.

Y seguía sin ser Dios, puesto que tampoco era inmortal. Aunque la duración de su vida habría resultado inconmensurable para uno de sus remotos ancestros de carne y hueso, también tenía marcado su fin... y éste, finalmente, llegó a la par que se extinguían las últimas estrellas del Universo que en su tenacidad había logrado hacer suyo.

Su vida había sido larga y gloriosa, pero el Hombre murió con la amargura no haber sido capaz de encontrar a un solo ser inteligente en toda la inmensidad del Cosmos.

Y sin embargo, éstos habían existido, y coexistido con él, durante la totalidad de su periplo vital. De hecho, ya desde el mismo momento de su surgimiento el Universo había bullido de vida, de una vida multiforme e inimaginablemente versátil que, lejos de ceñirse a parámetro alguno, parecía querer burlarse de todos ellos, dando como inevitable corolario la aparición de infinitos tipos de posibles inteligencias que habían florecido por doquier a lo largo del longevo devenir del Universo. Ya fuera en el seno ardiente de las estrellas, en las

aparentemente desiertas vastedades intergalácticas, en los helados confines de un remoto sistema solar o en el inhóspito corazón de una nebulosa gaseosa, allá donde la materia o la energía estuvieran presentes en cualquiera de sus posibles manifestaciones, allá habían surgido en algún momento la vida y su consecuencia lógica, la inteligencia.

Pero el Hombre, imbuido por su obscuro antropocentrismo, había sido incapaz de percibir, de intuir siquiera incluso en las etapas postreras y más evolucionadas de su largo periplo vital, que nunca había estado solo, independientemente de lo dispares que hubieran podido resultar sus homólogos, unos compañeros cósmicos con los que había compartido no obstante la capacidad del razonamiento abstracto. En realidad le hubiera bastado con buscar por cualquier lado, puesto que en cualquiera de ellos los habría podido encontrar... de haber sabido mirar olvidándose, siquiera por una sola vez, de unos parámetros que siempre creyó absolutos, cuando en realidad tan sólo resultaban válidos para él.

Su tragedia, su gran tragedia, fue la de creerse aislado en el seno de una compleja y bulliciosa multitud a la que resultó incapaz de reconocer. Fue una verdadera lástima, puesto que durante mucho tiempo le estuvieron esperando... en vano.

## NUDISMO INTEGRAL

Ser comerciante independiente tiene innegables ventajas; no estás sometido al arbitrio ni a los caprichos de nadie y puedes vagar libremente por todos los mundos de la galaxia sin estar sometido a más voluntad que la tuya propia. Para alguien con un carácter tan indómito como el mío, ésta es una bendición del cielo que no cambiaría por nada.

Pero también tiene, no cabe duda, sus inconvenientes, algunos de los cuales resultan ser bastante importantes como para no ser tenidos en cuenta. Y lo peor no son, como pudiera pensarse, las malas rachas que a todos nosotros nos ha tocado atravesar alguna vez. Como es sabido, el descubrimiento repentino de los motores hiperlumínicos provocó una expansión caótica y explosiva de la humanidad que se tradujo en la aparición de multitud de nuevas colonias en mundos vírgenes, cada cual sujeta a su libre albedrío -aún hoy el gobierno de la Tierra es incapaz de domeñar a la mayor parte de ellas- y, en muchas ocasiones, evolucionada según parámetros que cualquier visitante consideraría, como poco, heterodoxos cuando no decididamente aberrantes. De hecho, la Gran Expansión permitió que todos los grupos sociales minoritarios del planeta madre, que hasta entonces habían vegetado cuando no habían sido abiertamente perseguidos, pudieran poner en pie sus propias y particulares utopías sin que nadie viniera a impedirselo.

Algunos fracasaron, otros fueron reconducidos hacia la *normalidad* y otros, por último, lograron salir adelante pese a todo pronóstico, consolidando sus peculiares maneras de entender la vida. Esto hizo que la vasta región de la galaxia colonizada por la especie humana, y en especial los mundos más alejados y por ello más a salvo de las corrientes imperialistas que desde hacía mucho dominaban en la Tierra, se convirtiera en un variopinto mosaico de culturas y sociedades capaces, según los casos, de escandalizar hasta al más templado.

Éstos suelen ser también los mundos en los que nuestra actividad es más rentable, ya que al tratarse de planetas aislados -la mayor parte de las veces voluntariamente- de sus vecinos, los comerciantes independientes somos su única fuente de mercancías y suministros provenientes del exterior, amén de los únicos extranjeros tolerados en sus particulares paraísos. En contraprestación, lo único que se nos exige es que respetemos escrupulosamente los tabúes locales, algo que no siempre resulta fácil dado lo estrambótico de sus costumbres.

Éste es precisamente el caso de Edén, un planeta rico en toda clase de materias primas, a la par que ávido de productos manufacturados procedentes del exterior, poblado por los descendientes de una secta religiosa radical que, en su fanatismo, pretendía retornar a las

idílicas condiciones de vida que, según ellos, reinaban en el Paraíso Terrenal antes de que Adán y Eva cometieran el nefando Pecado Original. Sus intentos de imitación habían llegado a tal extremo que, argumentando que nuestros primeros padres iban desnudos, se habían convertido por decisión propia en la primera religión nudista integral, prohibiéndose cualquier tipo de vestimenta e incluso la menor pieza de tela capaz de cubrir siquiera una mínima parte del cuerpo. Y esto rezaba, por supuesto, no sólo para los nativos, sino también para los escasos visitantes a los que se les permitía la entrada.

Bien, no es que me importara demasiado tener que ir en pelota picada por ahí; aunque al principio puedas sentirte cohibido, al fin y al cabo el pudor por la desnudez no deja de ser un hábito cultural, y cuando todo el mundo anda igual que tú acabas acostumbrándote a ello. Tampoco me importó que, en una nueva vuelta de tuerca de su celo religioso, me obligaran a depilarme hasta el último centímetro de mi cuerpo dado que, según sus santones, el pelo no dejaba de ser un tipo de vestimenta natural tan reprobable ante los ojos de Dios como la artificial; me sentía raro, por supuesto, pero no se trataba de nada que resultara especialmente molesto. Además, el pelo no tarda en crecer de nuevo.

Lo que ya fue harina de otro costal, era el repudio, impuesto por los sectores más extremistas de su religión, de la propia piel, considerada asimismo como una indumentaria impura que impedía la comunión completa con Dios. Así pues, muy a mi pesar tuve que aceptar someterme a un desollado total, tal como era obligatorio desde hacía algún tiempo en el dichoso planeta. Por fortuna los cirujanos locales eran hábiles -cómo si no podrían llevar adelante tan desquiciada intervención- e inmediatamente después de arrancarte la piel te colocaban en su lugar una fina capa de un polímero transparente que protegía al desguarnecido cuerpo de posibles heridas e infecciones sin impedir la deseada exhibición del cuerpo ante la gloria de Dios, ya sin obstáculos de ninguna clase. Y eso me dolió bastante a pesar de la anestesia, amén de que resultaba turbador verse convertido en un atlas de anatomía ambulante.

Por fortuna, una vez concluidos mis negocios, ya estoy de vuelta en mi astronave, refugiado en la cálida soledad del espacio y libre al fin de imposiciones absurdas y caprichosas. Gracias a los metales valiosos que abarrotan la bodega, los cuales podré vender a buen precio en lugares más civilizados de la galaxia, podré permitirme el lujo de no volver al maldito Edén en una buena temporada; tengo bastante aprecio a mi pellejo, y puedo asegurar que no es ninguna frase hecha.

Eso sí, antes de aterrizar será conveniente esperar a que se me regeneren por completo la piel y las uñas, no sea que me vayan a detener por escándalo público.

## UNA MANSIÓN EN EL CIELO

-Entonces, dice usted que...

-Lo afirmo y lo mantengo; nuestra oferta es, con diferencia, la mejor de todo el mercado. Nuestros asteroides serán auténticos troyanos terrestres, lo que nos permitirá prescindir de costosos y complicados sistemas de climatización artificial; en ellos el clima será tan natural como en la Tierra, puesto que discurrirán por órbitas idénticas a la de nuestro planeta; ¡qué digo igual! Superior, puesto que estará totalmente controlado.

-Sí, pero sus precios son muy superiores a los de otras compañías...

-¡Vaya, veo que usted es de los que les gusta comparar antes de comprar! Me agrada, puesto que nosotros queremos que nuestros clientes sean exigentes y compren convencidos de lo que adquieren. Y respondiendo a su pregunta, ¿cómo no lo van a ser, mi querido amigo? La calidad no se regala, y quien intente convencerlo de lo contrario seguro que está intentando engañarlo. Nosotros, por el contrario, somos sinceros. ¿Sabe usted cuánto cuesta arrancar un asteroide de su órbita natural, traerlo desde más allá de Marte y colocarlo en una órbita estable en uno de los Puntos de Lagrange de la Tierra? Hay que darle un período de rotación cercano a las veinticuatro horas, para lo cual hay que frenarlo puesto que suelen rotar con mucha más rapidez, darle a su eje la inclinación correcta, eliminar posibles bamboleos... no es nada fácil hacerlo, aunque desde luego merece la pena. Además queremos que nuestros futuros clientes disfruten de intimidad, así que nos comprometemos a respetar una distancia mínima de cien mil kilómetros entre cualquiera dos asteroides vecinos.

-No, si yo no digo que...

-Claro que no, y le agradezco que me exprese usted todos sus reparos ya que esto me permite explicárselo con mayor detenimiento. La estabilización rotatoria y orbital es sin duda una importante ventaja, pero en modo alguno la única que le ofrece nuestra compañía. Nuestros asteroides estarán equipados con un generador de gravedad artificial de última generación, nada que ver con esas chapuzas -el vendedor hizo un teatral gesto de desagrado para enfatizar su explicación- que se ven por ahí y que, se mire como se mire, a la larga no dejan de ser un engorro. Estos generadores, además de proporcionarle un mayor confort, permiten asimismo mantener una atmósfera de presión similar a la terrestre sin necesidad de tener que recurrir a esos toscos caparzones con los que otras compañías envuelven a sus asteroides. No, le puedo asegurar que entre su residencia y el firmamento no habrá el menor obstáculo... salvo, claro está, un campo electrostático completamente invisible al ojo humano cuya misión será la de filtrar al cien por cien la radiación ultravioleta y cualquier

otro tipo de ondas ionizantes, así como las partículas cargadas del viento solar. En nuestros asteroides estará usted tan seguro, incluso en las condiciones más inhóspitas, como en su propia casa... porque realmente estará en su casa.

-Eso es importante. -reconoció el potencial cliente- Pero de todos modos, sigo insistiendo en que el precio...

-Amigo mío, permítame que siga insistiendo en que lo barato tarde o temprano acaba saliendo caro. Y aunque le haya explicado ya varias de las ventajas de nuestra promoción, todavía tengo que mostrarle bastantes más. Por cierto, ¿le apetece un cigarro? Tengo unos habanos magníficos. ¡Ah, no fuma! Bien, entonces ¿me permite invitarle a tomar un refresco? ¿O prefiere una copa? Mari Puri -habló por el interfono- haga el favor de traernos una botella de... ¿brandy, whisky, ron...? -se dirigió a su interlocutor- Que sea brandy, del reserva, claro, y un par de copas.

-Le estaba diciendo que había otras muchas ventajas. -continuó el anfitrión una vez que la secretaria hubo traído lo solicitado- Y es que mi compañía no tiene el menor reparo en buscar lo mejor para sus clientes, no en vano nuestra divisa es "*La calidad ante todo*".

Dio un pequeño y protocolario sorbo a su copa y explicó:

-Para empezar, es muy fácil coger el primer pedrusco que te salga al encuentro, hacerle un simulacro de terraformación y vendérselo al primer incauto que tenga la suerte de cruzarse en tu camino; pero nosotros no actuamos así.

»En primer lugar, nuestra selección de los asteroides vírgenes es exhaustiva, y le puedo asegurar que no resulta fácil encontrar uno adecuado; no al menos si queremos que cumpla con nuestros requisitos de composición geológica, forma y tamaño, y que además esté libre de derechos... Nuestros asteroides son con diferencia los de mayor esfericidad del mercado, y su tamaño medio, fíjese usted bien en esto, viene oscilando entre los cinco y los diez kilómetros de diámetro, nada que ver con esos ridículos guijarros que intentan vender por ahí.

Hizo una pausa fingiendo hacer unos cálculos mentales cuyos resultados conocía de memoria y continuó:

-Eso nos da una media de entre ocho mil y más de treinta mil hectáreas de superficie total, todo un pequeño mundo del que será su soberano exclusivo... y por supuesto, perfectamente terraformado. Nosotros no escatimamos el agua necesaria para convertirlo en un vergel, aunque para ello haya que traerla desde el mismísimo Cinturón de Kuiper, y le garantizamos bajo contrato una capa de tierra fértil de varios metros de espesor mínimo. También nos comprometemos a entregarle el asteroide con todos los accidentes geológicos



habituales tales como colinas, valles, lagos o ríos, así como con una ecología perfectamente equilibrada y funcional. Incluso le damos a elegir entre varios posibles climas según sus preferencias personales: tropical, templado, seco, húmedo, nevado... o si lo prefiere, podemos diseñarle uno a medida. Por supuesto tanto la flora como la fauna están garantizadas de por vida, ya que proceden de los mejores viveros genéticos del planeta, y todos los sistemas de control están automatizados con sistemas robóticos triplemente redundantes. ¿Quién puede igualarnos? -concluyó triunfante.

-Desde luego, lo que usted dice es tentador... -opinó tímidamente el cliente.

-Por supuesto que lo es. -respondió con aplomo el anfitrión, satisfecho al comprobar que tenía la venta en el bolsillo- Y todavía le parecerá más cuando le muestre los extras. Por un módico suplemento le podemos incluir una luna de regular tamaño, y también le puedo anunciar, hasta hace poco no podíamos decirlo puesto que se estaban tramitando los permisos legales, -retrucó, fingiendo una falsa complicidad- que en el mismo punto L4 donde estará anclada nuestra urbanización tenemos previsto construir un puerto deportivo para veleros solares... como verá, no escatimamos lo más mínimo a la hora de satisfacer a nuestros clientes. Por cierto, ¿desea tomar más brandy?

Y sin esperar la respuesta del interpelado volvió a rellenarle la copa con una generosa ración.

-Créame, dijo al fin- quienes adquieran uno de los asteroides de nuestra urbanización, que no por presunción nuestra se llamará *El Paraíso de las Estrellas*, serán unos auténticos privilegiados, una élite que podrá sentirse literalmente como los mismísimos personajes de *El Principito*; sin olvidarnos tampoco de las excelentes perspectivas de revalorización de su inversión. Aunque me atrevería a apostar con usted que, una vez asentado en su asteroide, se encontrará tan cómodo en él que no querrá mudarse a ningún otro lugar ni por todo el oro del mundo.

-Me gusta. -respondió a fin el cliente que, aunque no tenía ni la menor idea de quien pudiera ser ese *Principito*, se encontraba muy animado tanto por el triunfalismo de su interlocutor como por el innegable efecto de las dos copas que llevaba entre pecho y espalda- Me gusta. -repitió- Pero tendría que consultarlo con mi mujer, ya sabe, siempre ha sido bastante reacia a vivir fuera de la Tierra...

-Consúltela, por supuesto, pero le puedo asegurar que en esta ocasión no pondrá reparos. -respondió con complicidad al tiempo que se incorporaba y comenzaba a rodear la mesa del despacho- Primero, porque se encontrará muy a gusto en su nueva residencia, y segundo porque no tendrá que renunciar a su vida social; al contrario, cuando la

urbanización esté completamente habitada, podrán codearse ustedes con lo más selecto de la sociedad. ¿Me permite que le acompañe hasta la salida?

-¡Ah, se me olvidaba! -exclamó el visitante volviéndose sobre sus pasos- ¿Cuándo ha dicho que se entregarían los asteroides?

-Bien, ahora mismo estamos terminando con el proceso de selección, luego vendrán todos los trámites; ya sabe, la Agencia Espacial es muy exigente, y me parece lógico que sea así, con todo lo que suponga alterar la órbita de un cuerpo menor, máxime si se trata de enviarlo al Sistema Solar interno; el desplazamiento desde el Cinturón de Asteroides hasta el Punto de Lagrange, la terraformación... calcúlele usted unos cuatro o cinco años, aunque haremos todo lo posible por acortar el proceso.

-No me parece demasiado tiempo para todo lo que ofrecen...

-Por supuesto que no. -respondió el vendedor al tiempo que le estrechaba la mano- Ya lo sabe, "*La calidad ante todo*".

\* \* \*

Algún tiempo después...

## ESCÁNDALO INMOBILIARIO

*Siguiendo las órdenes del juez instructor, en el marco de la denominada “Operación Principito” la Policía Interplanetaria ha procedido a arrestar a los principales responsables de lo que ya es considerado en círculos profesionales como el mayor caso de estafa urbanística de los últimos años.*

### **Ciudad Barsoom, por nuestro corresponsal Buck Gordon**

La pasada medianoche, hora del meridiano cero marciano, la Policía Interplanetaria procedió a la detención, bajo la imputación de estafa y corrupción urbanística, de los principales responsables de la empresa Nuevas Promociones Residenciales, promotora entre otros proyectos del controvertido *El Paraíso de las Estrellas*, con el cual se pretendía desplazar asteroides desde el cinturón principal hasta posiciones troyanas de la órbita terrestre, donde serían terraformados y convertidos en residencias de lujo para millonarios excéntricos.

Pese a lo que afirmaba la publicidad de la compañía, la citada promoción no contaba con autorización legal, aunque sus responsables supieron aprovechar ciertas lagunas de la legislación para presentarla como tal frente a sus potenciales clientes. Asimismo, se investiga la posible connivencia de algunos cargos públicos con competencias en el tema que hubieran podido incurrir presuntamente en delito de cohecho, aunque el secreto del sumario impide conocer los detalles.

Según un comunicado oficial hecho público por la asociación ecologista Universo Vivo, cualquier intento de alterar las órbitas originales de un cuerpo del Sistema Solar es siempre delicado, máxime cuando lo que se pretendía era nada menos que trasladar un enjambre de asteroides de regular tamaño desde el Cinturón Principal hasta el punto de Lagrange L4 de la órbita terrestre. Aunque estos puntos son estables desde el punto de vista de la mecánica celeste, una ligera desviación en sus trayectorias podría haber provocado que, en lugar de troyanos terrestres, hubieran quedado convertidos en asteroides de órbita rasante capaces de colisionar con nuestro planeta.

Paradójicamente, añaden, en estos momentos está paralizado por falta de presupuesto un proyecto, bautizado con el nombre de DAVID (por lo de la honda), que la Agencia Espacial considera prioritario y que consistiría en desviar, alejándolos hasta órbitas más seguras, a todos aquellos cuerpos, conocidos por los astrónomos como asteroides Apolo,

que cruzan en algún momento la órbita de la Tierra con el consiguiente peligro de colisión; aunque se trata de una probabilidad remota la posibilidad de que ocurra es real, y ya ocurrió en el pasado con consecuencias tan dramáticas como la extinción de los dinosaurios hace 65 millones de años. Por este motivo, concluyen, resulta preocupante que ciertos sectores políticos bloqueen iniciativas de esta naturaleza al tiempo que se muestran permisivos con otras de carácter opuesto que responderían a intereses exclusivamente especulativos.

Asimismo, Universo Vivo denuncia que los presuntos proyectos de terraformación de los asteroides, amén de ser tecnológicamente cuestionables, habrían provocado, de ser llevados a cabo, graves desequilibrios en unos astros en los que, a causa de su pequeño tamaño, la mayoría de los expertos no recomiendan realizar intervenciones tan radicales, al no conocerse suficientemente bien las posibles consecuencias de las mismas.

Por último, la fiscalía recuerda que en estos momentos se encuentra en trámite parlamentario el proyecto de ley que prohibiría la privatización de órbitas de posible interés público, entre las cuales se encuentran los puntos de Lagrange L4 y L5 de la órbita terrestre, la cual no pudo ser aprobada durante la legislatura anterior debido al recurso interpuesto por un grupo político al cual pertenecerían, según algunas fuentes consultadas por este periódico, algunos de los cargos públicos que pudieran estar involucrados en este caso, algo que ha negado el portavoz parlamentario del citado grupo político.

Los clientes de Nuevas Promociones Residenciales, entre los que al parecer se cuentan conocidos nombres de las finanzas, los deportes y el mundo del espectáculo, varios de los cuales habrían llegado a desembolsar según se cree elevadas cantidades de dinero a cuenta de “sus” asteroides, han contratado los servicios de un conocido bufete de abogados que se ha responsabilizado de la defensa colectiva sus intereses. Los responsables del bufete han confirmado este encargo, afirmando que se presentarán como acusación particular en el proceso judicial, y que basarán su acusación en el delito de estafa. Pese a nuestros reiterados intentos, rehusaron desvelar la identidad de ninguno de sus clientes acogiéndose al secreto del sumario y al derecho a la intimidad, al tiempo que desmentían cualquier tipo de responsabilidad de los mismos en una operación urbanística presuntamente ilegal o, cuanto menos, irregular, algo que según esta fuente era desconocido para sus clientes, que en todos los casos habrían obrado de buena fe.

## SIDERA VISUS

El *Ad Astra*, la primera astronave interestelar construida en la Tierra, estaba a punto de hacer historia. Tras vencer la Maldición de Einstein demostrando de manera empírica que el desplazamiento hiperlumínico era posible, había logrado la proeza de salvar la distancia que separaba a la Tierra de Alfa Centauro en apenas unos meses.

En realidad hacia donde se dirigía era al sistema doble formado por las dos componentes principales, Alfa Centauro A y Alfa Centauro B, habiendo dejado atrás Próxima al estimar los programadores de la misión que no merecería la pena perder el tiempo en una insignificante enana roja cuando tenían a su alcance dos estrellas mucho más importantes y similares al Sol.

La compleja maniobra de deceleración y entrada en órbita del sistema doble fue realizada con total precisión, abriéndose ante los ojos de los afortunados tripulantes del *Ad Astra* unas imágenes jamás vislumbradas por ojo humano alguno. Porque, aunque ya se conocía la existencia de un planeta orbitando en torno a la componente B y se sospechaba que pudiera haber más, tanto tributarios de una u otra estrella como desplazándose en torno al centro de masas común, nadie sabía a ciencia cierta qué se iban a encontrar... y como solía ocurrir desde que las primeras misiones espaciales comenzaron a desvelar los misterios del cosmos, la realidad se mostró una vez más mucho más rica y compleja que las especulaciones más desatadas.

El sistema planetario de Alfa Centauro, con la complejidad añadida de los dos soles, fascinó desde el primer momento a los astrónomos. No tuvieron igual suerte los biólogos ya que, para decepción suya, no se pudo encontrar ningún planeta habitable. Ciertamente tampoco se esperaba ya que, según predecían las teorías, éstos sólo serían viables en estrellas solitarias como el Sol; pero la experiencia demostraba que el conocimiento humano del universo era tan precario que siempre cabía la posibilidad de una sorpresa... aunque no fuera así en esta ocasión.

No importaba. La información recogida por los astrónomos, los geólogos planetarios, los químicos y los físicos bastaría para tener entretenida a la comunidad científica mundial durante mucho tiempo. Más adelante nuevas misiones espaciales, de las que ésta había sido tan sólo un primer ensayo, conducirían a la inquieta humanidad hasta destinos potencialmente más propicios para la vida.

Rápidamente el tiempo fue transcurriendo, aproximándose cada vez más el improrrogable momento de la partida. Y fue entonces, poco antes de la conclusión de los trabajos científicos, cuando ocurrió lo imprevisto. Su descubridor no fue un astrónomo,

sino uno de los miembros de la tripulación encargado de supervisar en ese momento los sensores de proximidad del *Ad Astra*. Dada la complejidad dinámica del sistema planetario de Alfa Centauro, difícil de abordar incluso para los potentes ordenadores con los que estaba equipada la astronave, era necesario vigilar la multitud de cuerpos menores - asteroides, cometas y meteoritos- que pululaban por doquier describiendo órbitas aparentemente caóticas, en previsión de que alguno de ellos pudiera interponerse en su camino con el riesgo de una colisión catastrófica.

Por esta razón siempre había alguien velando porque esto no ocurriera, y de hecho habían sido varias las ocasiones en las que el *Ad Astra* se había visto obligado a desviar su trayectoria evitando la proximidad de una de estas escorias siderales. Sin embargo, esta vez se trató de algo muy distinto.

El joven serviola -se había rescatado este antiguo término marinerol- había constatado la aparición repentina de un débil eco a escasa distancia de la nave, algo difícilmente explicable en una roca errante y, todavía más, considerando que el misterioso objeto parecía desplazarse, aparentemente, en paralelo con el *Ad Astra*, manteniéndose a una distancia constante de ésta.

La situación era tan insólita que el astronauta llegó a dudar de la veracidad de los datos, máxime teniendo en cuenta que la señal se desvaneció pasados unos instantes. Por supuesto allá afuera no se veía nada, pero los detectores multicanal, que barrían desde las ondas de radio hasta los rayos X, habían registrado algo en una estrecha banda perteneciente al ultravioleta lejano. La grabación reflejaba tan sólo una tenue turbidez en una región del espacio que, conforme a la distancia estimada, correspondía a una superficie, y probablemente también a un volumen, varias veces superiores a los del *Ad Astra*, y era tan débil -*fantasmagórica* fue el término empleado por su descubridor- que ni siquiera llegaba a ocultar el resplandor ultravioleta de las estrellas situadas tras ella.

La incredulidad de su superior, al que se apresuró a comunicárselo, no fue menor, máxime cuando un rastreo exhaustivo de la zona en la que había aparecido se reveló completamente infructuoso, demostrando que allí no había nada; pero la grabación había quedado registrada, incuestionable en su tozudez. Sin embargo, no tuvieron ocasión de adoptar ninguna decisión, si esto hubiera sido posible, ya que minutos después la totalidad de los ocupantes de la nave se sumían en la inconsciencia.

Según los relojes apenas habían pasado unos segundos cuando todos ellos despertaron de forma simultánea, aparentemente sin ningún daño y sin tener la menor idea de lo que les había podido ocurrir. Los médicos de a bordo realizaron las revisiones pertinentes, llegando a la conclusión de que, en apariencia, todos estaban sanos y sin ningún tipo de trastornos.

Nada parecía haber cambiado en el *Ad Astra*, salvo un pequeño detalle: cuando el astronauta que había detectado la anomalía intentó continuar con su estudio, descubrió con asombro que ésta había desaparecido del registro. Pero no estaba borrada, ya que entonces habría unos segundos en blanco ocupando su lugar; simplemente se había desvanecido, dejando tras de sí un registro completamente normal de esa región del espacio. Y como el oficial al que se la había mostrado justo antes del desvanecimiento no mostró el más mínimo interés por ella, acabó desentendiéndose él también al tiempo que se enfrascaba en otras tareas más apremiantes.

El retorno del *Ad Astra* a la Tierra fue, como cabe suponer, triunfal, lo que no evitó que todos los integrantes de la misión fueran sometidos a unos exhaustivos exámenes médicos, en parte rutinarios y en parte, también, motivados por el extraño fenómeno que habían experimentado, llegándose a idénticos resultados que los obtenidos a bordo. Huelga decir que el extraño desvanecimiento colectivo fue pronto olvidado, al igual que lo había sido la detección de ese objeto fantasma. Al fin y al cabo, lo único que importaba era la feliz conclusión del primer viaje interestelar de la historia.

Sin embargo...

\* \* \*

En algún lugar del espacio que no era el espacio, flotaba una nave espacial que no era una nave espacial, al menos tal como se entendía en la Tierra. En su interior, sus dos únicos ocupantes dialogaban.

-Bien, misión cumplida -comentaba el primero de ellos, vagamente similar en su aspecto a un artrópodo de dos metros de alto-. Ahora sólo nos queda ultimar los detalles y volvernos a casa.

-Sí, yo también tengo ganas de encontrarme de nuevo en el nido -respondió el segundo, un centauroide de doble volumen corporal que su compañero-. Aunque los de mi raza tengamos fama de pacientes, no por ello dejamos de echar de menos nuestro ambiente. Y ciertamente, la misión ha sido larga y sobre todo, aburrida.

-Lo que no entiendo -objetó el artrópodo-, es por qué razón tuvimos que esperar hasta el final para insertarles los marcadores; podríamos haberlo hecho al principio, y así nos habiéramos ahorrado buena parte de la espera.

-No te falta razón, pero así estaba establecido en el protocolo. Puesto que no sabíamos como iban a reaccionar al marcado, era preciso que los estudiáramos previamente sin alterarlos, previniendo que pudieran surgir perturbaciones perniciosas. Por fortuna esto no

ocurrió, pero nos ha permitido acumular un gran volumen de información sobre esta extraña raza.

-Pues ya están estudiados y marcados, así que misión cumplida... me pienso tirar al menos seis años rascándome los élitros. Ahora que los sigan estudiando otros.

-Sí por supuesto que lo harán... gracias a los sensores que les insertamos nuestros científicos podrán tenerlos monitorizados a distancia, lo que nos permitirá conocer mejor a su sociedad y seguir su evolución futura. Y como los sensores son autorreplicantes, se multiplicarán acoplándose a nuevos portadores, hasta alcanzar una masa crítica.

-Pero esto se podría haber realizado in situ en su propio planeta, sin necesidad de tener que venir a este rincón tan aburrido de la galaxia...

-Olvidas de nuevo los requisitos del protocolo -le recriminó el centauroide-. Los científicos no se interesan por ninguna raza lo suficientemente primitiva como para que no haya sido capaz de abandonar su propio sistema planetario. Además de ser demasiado numerosas para poder estudiarlas en su totalidad, tampoco merecería la pena hacerlo, puesto que en la mayoría de los casos acaban malográndose mucho antes de alcanzar el umbral mínimo de civilización. Eso es algo que tienen que lograr ellas solas, luego ya habrá tiempo de ayudarlas una vez salidas del cascarón. De todos modos -añadió-, esto que hemos hecho es sólo el primer paso, todavía no tenemos ninguna certeza de que no puedan acabar colapsando; no sería el primer caso. Además, quienes nos interesan son tan sólo aquéllos que viajen fuera de su sistema planetario; así será mucho más fácil seguir sus movimientos y estudiar su comportamiento.

-¿Crees que descubrirán que les hemos manipulado?

-¿Cómo podrían saberlo? La aplicación del campo de éxtasis no pudo ser más breve; tan sólo estuvieron desconectados durante un breve lapso de tiempo, y sus médicos no detectarán en ellos ninguna anomalía, ni mucho menos los sensores que les aplicamos. Para ellos habrá sido un suceso inexplicable, pero intrascendente.

-Menos mal que borramos el registro de nuestra nave... no es que fuera demasiado importante, pero...

-Ése no fue un fallo nuestro sino del sistema de camuflaje, algo que tendremos que comunicar a los técnicos para que lo corrijan. No creo que de ninguna manera hubieran podido sacar conclusiones acerca de nuestra presencia, pero mejor así; nunca se sabe.

Y satisfechos por haber concluido con éxito su misión, enfilaron la nave rumbo a su lejano destino.





## RUMBO A LAS ESTRELLAS

Hacía mucho tiempo, quizá siglos, que en la Tierra no se experimentaba tamaña excitación. La *Marco Polo*, la primera nave interplanetaria de la historia, estaba lista para iniciar su largo recorrido que la conduciría, en un viaje sin retorno, hasta un lejano planeta cuya misión sería de colonizar. Sus ocupantes, en número de diez mil, realizarían el viaje hibernados y, una vez llegados a su destino, procederían a expandir la llama de la humanidad en un mundo lejano y, se daba por supuesto, deshabitado.

El viaje de la *Marco Polo* sería el primero de una larga lista de expediciones colonizadoras que, si todo se cumplía tal como estaba previsto, pondrían al universo en manos del hombre; o, sin exageraciones, al menos el rincón de la galaxia que se extendía en un radio de varios centenares de años luz en torno a nuestro minúsculo planeta. Una afortunada conjunción de avances tecnológicos había propiciado, por un lado, la posibilidad de los viajes interestelares y, por otro, la posibilidad de detectar desde los poderosos telescopios de última generación aquellas estrellas en torno a las cuales orbitaban planetas aptos para la vida. Y la humanidad, impelida por su nueva misión, estaba dispuesta a aprovecharlos.

El momento del despegue de la *Marco Polo* se acercaba. El enorme navío cósmico, de cerca de un kilómetro de eslora, no partiría desde la Tierra ya que le habría sido imposible vencer su atracción gravitatoria, sino del punto de Lagrange L4 de la órbita lunar en el que había sido ensamblado. Cerca de él los imponentes cascos de sus gemelas *Cristóbal Colón* y *James Cook*, ambos en una fase muy avanzada de construcción, vaticinaban nuevas misiones, mientras en el punto de Lagrange L5, al otro lado de la Luna, los navíos *Erik el Rojo*, *Vasco de Gama* y *Neil Armstrong*, asimismo sin terminar, aguardaban pacientemente su turno.

El destino de la *Marco Polo* era una estrella situada a treinta y siete años luz, tan insignificante vista desde la Tierra que carecía incluso de nombre propio, habiendo sido clasificada por los astrónomos con las asépticas cifras de sus coordenadas celestes. Sin embargo esta estrella era similar al Sol y en torno a ella orbitaba un planeta asimismo similar a la Tierra, por lo que tan poco prosaica denominación había sido sustituida en el acervo popular por la mucho más poética de Edén.

En cualquier caso, cuando la *Marco Polo* partiera rumbo a su remoto destino los vínculos que unían a sus pioneros con el resto de la humanidad se romperían para siempre, en primer lugar porque éstos permanecerían hibernados durante los casi dos siglos que duraría el trayecto, y segundo porque el abismo que los separaría imposibilitaría ningún

tipo de comunicación dependiente de la velocidad de la luz. En una primera etapa, hasta que la nave se internara en las profundidades del espacio, sus sistemas automáticos seguirían manteniendo contacto con las estaciones de seguimiento emplazadas en la Tierra, pero luego, cuando el retardo provocado por la distancia se fuera ahondando y la intensidad de la señal emitida disminuyendo, llegaría un momento a partir del cual el silencio sería ya total.

Y al fin llegó el gran día. Tras las celebraciones y despedidas de rigor la *Marco Polo* desamarró -así se denominó a su partida, por más que se tratara de un antiguo término náutico de difícil aplicación en este caso- y lenta, pero firmemente, comenzaron a acelerar sus revolucionarios motores enfilando la proa hacia su distante objetivo. Mientras la gente volvía a sus quehaceres particulares, los responsables de la construcción de sus cinco hermanas se afanaban en terminarlas, al tiempo que las oficinas de reclutamiento repartidas por toda la faz del planeta se enfrentaban a la ardua tarea de seleccionar a sus tripulantes entre los millones de candidatos deseosos de sumarse a la gran aventura que acababa así de comenzar.

\* \* \*

En las profundidades del espacio dos seres inteligentes dialogaban. Constituidos tan sólo de energía de una naturaleza además desconocida por completo en la Tierra, difícilmente habrían podido ser identificados no ya como tales, sino ni tan siquiera como un fenómeno natural. Y sin embargo existía, y eran el fruto de una evolución frente a la cual su equivalente humano resultaba tan sólo un efímero parpadeo.

-¿Probaste los nuevos bocados? -preguntaba uno de ellos a su compañero.

-Sí -respondió éste-, y los encontré bastante buenos, aunque quizá les falte todavía un poco más de maduración.

-Es normal, ten en cuenta que se trata de la primera cosecha... y ni aun eso, sino tan sólo de las primicias de la misma. Pero el vivero promete.

Antes de continuar, es preciso explicar que los miembros de la raza cósmica a la que pertenecían estos dos seres, cuyo nombre resultaría totalmente impronunciable para cualquier idioma humano, eran entre otras muchas cosas unos auténticos *gourmets*... a su estilo, por supuesto, ya que dada su naturaleza inmaterial en su dieta no entraban ni la tosca materia ni tan siquiera ningún rango de la radiación electromagnética, sino algo mucho más sutil a la par que completamente desconocido para los humanos. Y dentro de esta *eteridad*, llamémosla así ante la imposibilidad de hacerlo de una manera más precisa, había algo que para ellos constituía una auténtica *delicatessen*: las mentes -quizá otros dijeran las almas- de algunas de las primitivas razas que habitaban en los innumerables sistemas planetarios

que jalonaban las galaxias, las cuales acostumbraban a degustar con fruición dejando tras de sí, a modo de vacías vainas, unos cuerpos exangües que para nada les servían. Y como su *paladar* era tan refinado que el sabor de las especies salvajes les resultaba demasiado acerbo, desde hacía eones se habían especializado en cultivarlas de una manera controlada en planetas granja que cuidaban con esmero.

-Tienes razón, su sabor no estaba nada mal. Lástima que la cantidad fuera tan exigua.

-La calidad y la cantidad suelen estar reñidas, así que yo me decanto por la primera de ellas. La segunda es vulgar gula.

-Ya, pero se me hace la boca agua -su equivalente, se entiende- pensando en degustar más, la verdad es que esta nueva variedad me ha parecido bastante mejor que las anteriores.

-Pues tendremos que esperar, ya que el vivero no da para más. No obstante le auguro un buen rendimiento; la primera partida, aunque exigua, sólo fue el anticipo de otras muchas más, que confío mantengan la calidad. Quién sabe, puede, incluso, que podamos presentarlo a algún premio.

-Lo que yo no entiendo -objetó su amigo- es por qué hemos de esperar a que unos pocos miles de unidades alimenticias abandonen el planeta para capturarlas, cuando tenemos a nuestra disposición miles de millones pululando por él... y todas de nuestra propiedad. ¿Te das cuenta que estamos desperdiciando la práctica totalidad de la producción?

-Yo no lo veo así -repuso el primero-. Sabes perfectamente que cosechando en bruto la calidad media que se obtiene es muy mediocre, eso está bien para un producto industrial de consumo masivo pero no para los que pretendemos disfrutar mientras lo degustamos. Además montamos la granja para nuestro autoconsumo, por lo que bien podemos permitirnos el lujo de que la mayor parte de la cosecha se pierda; basta con que aprovechemos lo más selecto de la recolección. ¿No estás de acuerdo?

-Sí -rezongó molesto su amigo-, pero quizá pudiéramos haber encontrado un equilibrio, sin merma apreciable de la calidad, cosechando de forma selectiva en el propio planeta, en vez de esperar a que una mínima parte de los especímenes abandonen voluntariamente su hábitat y vengán hacia nosotros; será cómodo, no lo discuto, no tener que ir a buscar la comida, pero no veo hasta qué punto compensa encontrarnos a cambio con unos rendimientos tan ínfimos.

-Sigues siendo un glotón -se burló el interpelado-. Ya te he dicho que la cosecha aumentará de aquí a poco tiempo; nunca será demasiado elevada, eso es cierto, pero nunca se ha pretendido. En cuanto a recogerla directamente en el planeta vivero... ahí te

contradigo, por mucho que nos esmeráramos no podríamos evitar que la calidad se resintiera bastante. Está demostrado que la autoselección es el mejor método posible si queremos obtener un producto de calidad superior, ya que ésta les estimula y sólo los mejores serán los que se atrevan a dar el gran paso que ellos, pobres infelices, creen que les va a conducir a un mundo virgen en el que poder medrar. Pero a nosotros lo único que nos interesa es su calidad, todo lo demás es secundario. Y ahora tenemos que estar atentos, porque está a punto de salir la segunda remesa.

\* \* \*

En el punto de Lagrange L4 de la órbita lunar la *James Cook*, ligeramente adelantada en la botadura a sus hermanas, iniciaba su viaje estelar en una ruta distinta a la de su predecesora, pero igual de larga que la de ésta. Ninguno de sus ocupantes, ni por supuesto nadie en toda la Tierra, tenía modo de saber que la *Marco Polo* era ya un sepulcro metálico en el que yacían diez mil cuerpos inermes y sin vida... idéntica suerte a la que correrían ellos y todos los que les siguieran pretendiendo conquistar el cosmos, lo que no impedía que el número de candidatos a viajar a las estrellas se siguiera incrementando día tras día.

## LLEGARON DEL MÁS ALLÁ

Los astrónomos a cargo del Proyecto de Seguimiento de Mensajes Alienígenas del planeta Walmutz estaban exultantes. Tras muchas traslaciones de rastreos infructuosos del espacio profundo, y justo cuando los siempre impacientes políticos comenzaban a amenazar con la cancelación del proyecto con la sempiterna excusa de los recortes presupuestarios, uno de sus sensibles instrumentos detectó una señal modulada cuyo origen no podía ser natural. Según todos los indicios, el primer contacto con una civilización galáctica había tenido lugar.

Pese al revuelo organizado los responsables del proyecto, sistemáticos como científicos que eran, programaron un protocolo de actuación que tenía como primer objetivo la localización exacta del foco de emisión de la señal. No fue difícil identificarlo, lo cual acarrió una segunda sorpresa: el Mensaje -así fue bautizada la señal, aun sin conocer la naturaleza de su contenido- procedía no de las profundidades cósmicas, sino de un punto del espacio distante apenas veinte radios orbitales... en pleno sistema planetario de haberse encontrado en el plano de la eclíptica, pero fuera por completo de éste al encontrarse en un ángulo muy acusado por encima de ésta.

Lo cual planteaba un serio problema. Si bien disponían de astronaves capaces de alcanzar la práctica totalidad del sistema planetario, no ocurría lo mismo con las regiones situadas por encima y por debajo de él, dada la dificultad existente para llegar a ellas al ser necesario vencer la inercia de la traslación en torno al sol central abandonando al mismo tiempo la eclíptica. Aparte, claro está, de que hasta entonces nadie se había planteado visitarlas puesto que teóricamente estaban vacías a excepción del lejano e inalcanzable halo cometario.

Sí, respondieron los ingenieros al ser consultados sobre la posibilidad de preparar una nave que pudiera viajar hasta el objeto, presumiblemente un vehículo extrawalmutziano, que emitía infatigablemente el Mensaje; pero eso llevaría tiempo, ya que el diseño de los motores debería ser remodelado casi por completo.

Y por desgracia, descubrieron desolados los astrónomos, tiempo era precisamente lo que faltaba. El Visitante -otro bautismo no oficial-, según se pudo calcular, se desplazaba a gran velocidad describiendo una trayectoria hiperbólica que, tras pasar a una distancia mínima de una decena de radios orbitales, volvería a alejarse adentrándose en las profundidades del cosmos sin haber llegado a atravesar en ningún momento la eclíptica. Y, aunque se habían apresurado a responder al Mensaje con otro que tenían preparado desde el inicio del proyecto, dudaban que éste pudiera servir de reclamo debiendo resignarse a ver

pasar de lejos lo que hubiera supuesto el mayor hallazgo científico desde que el gran teórico Xfityaj2 enunciara la teoría que gobernaba los procesos espaciotemporales del universo.

Tan sólo cabía esperar un milagro... y para sorpresa de todos, éste ocurrió. El Visitante, presumiblemente en respuesta a la señal enviada, comenzó a modificar su trayectoria reduciendo la velocidad a la que se desplazaba al tiempo que se desviaba de la hipérbola inicial, encaminándose hacia el disco del sistema planetario al cual atravesaría en un ángulo abierto en las proximidades del astro central. Evidentemente se trataba de una maniobra deliberada, y cuando los procesadores de datos la extrapolaron, la perplejidad de los astrónomos se incrementó todavía más al descubrir que, según todos los indicios, la nave extrawalmutziana describiría un complejo y delicado ballet cósmico que, tras apoyarse en varias ocasiones en la atracción gravitatoria del sol y de varios de los gigantes gaseosos que orbitaban en torno suyo, acabaría entrando en una órbita elíptica sin prácticamente inclinación respecto a la de Walmutz y un radio ligeramente superior.

Resumiendo, tendrían visita y además cercana... aunque todavía deberían esperar varias traslaciones hasta que el vehículo alienígena se pusiera al alcance de sus naves. Siempre y cuando, claro está, que éste no diera un nuevo guiño a su trayectoria alejándose de sus ansiosos tentáculos.

Pero no. El Visitante resultó respetar el rumbo que le había sido calculado y finalmente entró en la eclíptica para convertirse en un miembro más de la cohorte planetaria. Fue entonces cuando pudieron observarlo a su antojo, primero mediante telescopios y posteriormente por visión directa desde las astronaves enviadas a su encuentro.

El artefacto resultó ser un enorme cilindro ahusado por los dos extremos de más de tres mil tentáculos de longitud por quinientos de diámetro máximo, un tamaño muy superior al de las mayores astronaves walmutzianas que a su lado parecían meros parásitos shijins. Su fuselaje era metálico y reverberaba esplendoroso a la luz solar, una medida de defensa según explicaron los científicos, para evitar una indeseada absorción de luz y otras radiaciones electromagnéticas dañinas.

Lo más importante de todo fue que la cercanía a sus anfitriones provocó un cambio en la emisión del mensaje que había estado retransmitiendo hasta entonces, el cual fue sustituido por otro mucho más complejo, sin duda un mensaje de bienvenida a sus hermanos cósmicos, que lamentablemente ni los mejores lingüistas del planeta fueron capaces de descifrar. Pero eso no importaba demasiado; su talante pacífico era más que evidente y tiempo habría para que ambas civilizaciones pudieran comunicarse entre ellas de forma fluida.

El problema que surgió entonces fue el de entrar en la gigantesca nave espacial, en la cual no se apreciaba el menor indicio de algo que pudiera corresponder a un acceso a su interior. Tras escudriñar con detenimiento el fuselaje, finalmente fue descubierta una depresión, en realidad una superficie plana, que rompía su convexa uniformidad. Se trataba sin duda de una plataforma de aterrizaje, y por su tamaño parecía estar diseñada para que se pudieran posar en ella naves de tamaños muy superiores al de sus visitantes.

Tras muchas discusiones entre los ansiosos científicos y los cautos y siempre desconfiados astronautas, se optó por enviar una nave sin tripulación dirigida por control remoto. Cuando se posó con suavidad en la plataforma, ésta comenzó a descender introduciendo a su pasajera en el ignoto interior de la nave. Instantes después ascendía vacía.

¿Qué hacer? La nave pareció entender sus dudas devolviéndola intacta en una clara invitación, lo que provocó una dura pugna entre los científicos, todos los cuales deseaban formar parte de la histórica misión, zanjada *manu militari* por los astronautas: la primera misión sería realizada por ellos, y sólo cuando se tuviera la certeza de que no existía ningún peligro se autorizaría a hacerlo a los civiles.

Así pues, una dotación de voluntarios, todos militares, se instaló en la misma nave de la vez anterior posándose de nuevo en la plataforma, la cual les transportó a lo que describieron como una esclusa aneja a un enorme hangar que encontraron vacío, como si hubiera estado aguardándolos. El primer contacto interplanetario de la historia de Walmutz se había iniciado.

Como se sabría más tarde la nave alienígena resultó estar vacía de ocupantes, lo cual si bien fue una decepción no dejaba de tener su lógica: simplemente indicaba que la enorme lejanía de su planeta de procedencia hacía inviable la existencia de una tripulación ya que sus miembros habrían fallecido mucho antes de llegar a su destino.

Se trataba pues de un sofisticado vehículo automático cuya exploración, no obstante, habría de aportar toda una serie de tesoros tecnológicos que mantendrían ocupados a los mejores científicos e ingenieros de Walmutz durante muchas traslaciones para poderlos desentrañar y replicar, aunque nadie dudaba que, una vez logrado esto, la tecnología walmutziana daría un salto de gigante. Y, tarde o temprano, podrían devolver la visita a sus constructores.

Los cuales, por si fuera poco, resultaron ser exquisitamente corteses puesto que, sin conocerlos siquiera, habían sido capaces de prever la mayor delicadeza posible de la sociedad walmutziana, la ofrenda ritual de alimentos con la que los ancestros de la actual civilización habían sellado paces, acuerdos y alianzas de todo tipo desde la más remota



antigüedad, un acto de conciliación y apaciguamiento que había derivado hacia un gesto protocolario de uso generalizado, por más que hubiera perdido hacía ya mucho su función primigenia.

Porque, además de maravillas sin cuento, los exploradores del Mensajero -así había sido bautizado oficialmente el vehículo estelar-, también encontraron perfectamente envasados y conservados en frío una gran cantidad de alimentos de origen alienígena, sin duda especímenes de su fauna local, cuya carne fue acogida con alegría y consumida ritualmente, tras comprobar su compatibilidad metabólica, por los integrantes de la misión a excepción de un par de especímenes que fueron reservados para su estudio científico, coincidiendo todos en que su exótico sabor resultaba exquisito.

Resultó un trágico error desconocer que la *ofrenda* era en realidad la tripulación del primer navío explorador que la Tierra había enviado a otro sistema estelar cuyos miembros habían sido sometidos a hibernación a causa de la gran duración del viaje, por lo que fue de lamentar que en su impaciencia no hubieran esperado un poco más hasta que el proceso de deshibernación hubiera terminado.

## TRÁGICO ERROR

Sindulfo Celedón era un astronauta autónomo razonablemente honrado, lo que equivalía a decir que jamás se haría rico. En realidad a duras penas conseguía salir adelante transportando todo tipo de fletes razonablemente legales de un lado a otro de la galaxia, nunca pasajeros ya que pocos se hubieran atrevido a embarcar en la *Carraca*, el carguero de enésima mano que constituía su único patrimonio que, si pasaba las inspecciones técnicas obligatorias, era gracias a la buena voluntad de los funcionarios encargados de las revisiones previo pago de la correspondiente *propina*.

Mejor o peor iba tirando, siempre temiendo que la *Carraca*, a la que había bautizado así en un alarde de humor sarcástico, le dejara tirado en cualquier momento, puesto que las reparaciones y las piezas de repuesto, si es que se encontraban dada la antigüedad de su vetusta nave, eran demasiado caras para lo que él se podía permitir. Así pues, se conformaba con apaños que pondrían los pelos de punta a cualquier ingeniero; al fin y al cabo la *Carraca*, aunque vetusta, había sido una espléndida nave cuando salió del astillero mucho antes de que Sindulfo naciera, y todavía conservaba vestigios de su sólida construcción por más que a ojos de un profano pareciera que se fuese a caer a pedazos.

Claro está que todo tiene un límite, y finalmente la baqueteada astronave se derrumbó, cual caballo sin resuello, a mitad de camino entre dos olvidadas colonias perdidas en los confines de la galaxia explorada. Y esta vez, como pudo comprobar Sindulfo, la avería era grave y completamente irreparable en vuelo, pues era el hipermotor principal el que había decidido pasar a mejor vida.

La situación, por decirlo de manera suave, era complicada ya que si bien la *Carraca* seguía impertérrita su trayectoria inercial, con el hipermotor parado, no sería posible realizar las correcciones de rumbo necesarias para alcanzar su destino. Y de pedir auxilio mejor olvidarse; aparte de que se encontraba en los arrabales del espacio civilizado, con los escasos planetas habitados completamente desperdigados y lejos de las rutas espaciales, la hiperradio se había declarado en huelga en la escala anterior y Sindulfo, apremiado por los plazos de entrega, había decidido arreglarla -o por mejor decir apañarla- al llegar a su destino, ese destino que ahora se mostraba inalcanzable.

Seramente preocupado conectó el ordenador encargado de la navegación, que entre salto y salto mantenía apagado para ahorrar energía, cruzando los dedos para que no se sumara a la facción renuente de la nave; pero por fortuna, y tras el equivalente informático a varios carraspeos y un golpe de hipo, éste funcionó con razonable normalidad pese sus muchos años. Sindulfo le introdujo la información necesaria para que, a partir de su

posición actual, pudiera calcular la manera de poder llegar salvo, y a ser posible sano, al astropuerto más próximo.

Y el milagro ocurrió: aunque no se podía contar con el hipermotor principal, sí sería posible utilizar los auxiliares para llevar la *Carraca* hasta Noidim, un planeta habitado, aunque no por humanos, situado suficientemente cerca de donde ésta se encontraba a la deriva... en teoría, puesto que los motores auxiliares no estaban diseñados para esta tarea, sino para realizar pequeñas correcciones de rumbo cuando no era necesario conectar el principal. Según el ordenador gracias a la escasa distancia que los separaba de él, apenas unos pocos parsecs, y a la pequeña variación angular del vector de trayectoria, serían capaces de hacerlo a costa de apurar, advirtió el ordenador, la energía motriz. Pero eran lentas, y la alternativa de quedarse vagando por el espacio hasta que los sistemas de soporte vital fallaran era todavía peor.

Eso sí, dadas las circunstancias, el viaje que en condiciones normales hubiera supuesto un par de días ahora se alargaría bastante más, dado que el impulso que eran capaces de imprimir los motores auxiliares para pasar a modo hiperlumínico era limitado. Así pues, tendría que armarse de paciencia.

El problema radicaba ahora en las provisiones. Dados los precios que alcanzaban los alimentos compatibles con el metabolismo humano por estos andurriales, Sindulfo acostumbraba a comprar lo mínimo necesario con un pequeño margen de reserva, por lo que ahora que el viaje iba a durar más andarían, según calculó, bastante justos incluso racionándolos y rebuscando hasta la última migaja. Porque podía olvidarse de saquear el flete, ya que no había nada en él que resultara mínimamente comestible.

A lo hecho, pecho. Ordenó al ordenador navegante que enviara el cálculo de la ruta al ordenador piloto, dio el visto bueno a este último y procedió a esperar a que se consumara el milagro... y el milagro ocurrió, puesto que tres semanas más tarde la *Carraca* entraba en órbita de Noidim al tiempo que los motores auxiliares consumían los últimos ergios de potencia y a Sindulfo sólo le quedaba roer sus botas, dado que tanto la reserva energética de la nave como la despensa parecían haberse puesto de acuerdo para hacer mutis por el foro de forma conjunta.

Durante estas tres semanas Sindulfo había tenido tiempo sobrado para documentarse sobre Noidim, un insignificante planeta del borde exterior alejado de las rutas comerciales y de las otras del cual ni siquiera sospechaba su existencia. Gracias a una versión anticuada del Atlas Galáctico que tiempo atrás había comprado de saldo en un desguace -al fin y al cabo, se dijo, los planetas no cambian tanto-, pudo saber que los noidios eran una raza humanoide de grado siete en la escala Daniken, lo que quería decir que presentaban un razonable grado de compatibilidad biológica con los humanos respirando oxígeno y

bebiendo agua -¿tendrían también otros líquidos más interesantes?-, e incluso muchos de sus alimentos, factor éste importante dado que encontrar allí comida humana sería labor casi imposible, podían ser digeridos y metabolizados sin correr el riesgo de acabar en un hospital alienígena.

Asimismo los noidios eran civilizados aunque un tanto atrasados tecnológicamente y pacíficos, acogiendo con amabilidad a los escasos visitantes que se dejaban caer por allí. Otra cosa buena. Contaban con un único astropuerto junto a la ciudad capital, y aparentemente no había ningún problema de congestión de tráfico en él; las telarañas de las pistas, o su equivalente noidio, parecían ser más abundantes que las astronaves posadas en ellas.

Sindulfo no tuvo problemas para contactar con el sistema de control del astropuerto ya que la radio, a diferencia de la hiperradio, funcionó correctamente, y tras comunicarles lo precario de su situación -por fortuna entendían el galáctico-, solicitó permiso para aterrizar, que le fue concedido.

Y aquí surgió un escollo inesperado. Aunque las maniobras de aterrizaje y despegue desde o hasta la órbita eran realizadas por un tipo diferente de motores que, por suerte, en la *Carraca* se encontraban en buen estado, éstos consumían la misma energía que sus hermanos mayores... y las pilas estaban prácticamente exhaustas. Quiso el azar que el astropuerto se encontrara en el hemisferio opuesto de Noidim con referencia al punto de salida de la órbita, y si bien en condiciones normales la trayectoria no hubiera supuesto mayor inconveniente dado que sólo tendría que circunvalar medio planeta a la par que descendía, el ordenador piloto le advirtió que los motores no tendrían suficiente energía para completarla. Si no quería que la *Carraca* se convirtiera en una pira funeraria al atravesar la atmósfera, sería preciso realizar un aterrizaje de emergencia a varios miles de kilómetros de su destino previsto.

Comunicada esta circunstancia a sus anfitriones, éstos le remitieron los parámetros de una trayectoria de aterrizaje compatible con sus exiguas reservas energéticas. Ésta le llevaría -Sindulfo sospechó que también habían aprovechado para apartarlo de lugares habitados- a un paraje que, según el Atlas, estaba formado por grandes praderas salpicadas de granjas y campos de labor; el sitio ideal para estampar la nave sin correr el riesgo de provocar demasiados daños.

Poco después, coincidiendo con los últimos estertores de los motores, la *Carraca* se posaba sin demasiado estruendo en el lugar indicado, sin más desviación que unos centenares de metros pese a no contar con la ayuda de baliza alguna; y además razonablemente entera pese a los sospechosos crujidos que se oyeron en la cabina en el

momento de tocar suelo, aunque según informó el ordenador de mantenimiento a la lista de piezas a reparar habría que sumar los amortiguadores del tren de aterrizaje.

Sindulfo también se encontraba entero, aunque con el estómago más vacío que las pilas de combustible y sin absolutamente nada que llevarse a la boca por más que había rebuscado por todos los entresijos de la *Carraca*. Los noidios habían prometido enviar un equipo de mantenimiento que recargaría las pilas de energía lo suficiente para que la astronave pudiera completar el viaje hasta el astropuerto, donde podría ser reparada -a Sindulfo se le abrían las carnes sólo con pensar en la factura- y aprovisionada con todo lo necesario. Pero, dado que se encontraba en un lugar bastante remoto, era posible que tardaran varias horas en llegar o, si terminaba su jornada laboral, a la mañana del día siguiente, de veintisiete horas y media terrestres por cierto. Lamentaban las molestias que pudiera acarrearle el retraso pero, dadas las circunstancias por las que había pasado, esperaban que lo comprendiera y que tuviera un poco de paciencia.

Cortaron la conexión sin mentar lo más mínimo el tema de la comida. Aunque, Sindulfo se llamó imbécil por no haber caído en ello, en ningún momento se lo había comunicado, por lo que los controladores del astropuerto no tenían manera de saber que estuviera tan apurado. Ciertamente podría aguantar sin comer unas horas o un día más, pero a juzgar por los retortijones su aparato digestivo no opinaba lo mismo.

Además tenía por delante una larga y tediosa espera, por lo que decidió matar dos pájaros de un tiro dando una vuelta por los alrededores al tiempo que buscaba algo de comida. Siempre según el Atlas Galáctico el planeta carecía de animales peligrosos y muchos de sus alimentos podían ser consumidos sin problema o, como mucho, a cambio de ligeros trastornos intestinales al no poder digerirlos convenientemente, descartando por completo el riesgo de un posible envenenamiento.

-“Bien -se dijo- aunque no sea muy alimenticio, por lo menos llenaré la tripa y dejaré de molestarme hasta que llegue el Séptimo de Caballería”.

Así lo hizo, respirando el aromático aire y sintiendo la caricia del tibio sol de Noidim. El astronauta, que había visitado cientos de planetas de los que tan sólo conocía los asépticos astropuertos, disfrutaba como no había hecho desde hacía mucho de un paisaje idílico incluso a través de los detalles exóticos que lo diferenciaban de los cada vez más escasos espacios vírgenes de la Tierra.

Pero el maldito estómago se empeñaba en arruinarle el deleite. Así pues, haciendo de tripas corazón o más bien al contrario, decidió resolver el problema que más le acuciaba. A su alrededor, sin duda, había comida de sobra, pero ¿dónde? La hierba que le rodeaba no parecía demasiado apetitosa, y aunque en lontananza se vislumbraban lo que parecían ser

cultivos, estaban demasiado alejados. Deambulando sin rumbo, descubrió finalmente, tras una loma, un edificio. Sin duda, pese a su extraño aspecto, debía tratarse de una vivienda, probablemente una granja.

Se acercó esperanzado con la intención de pedir algo de comer a sus habitantes. La certeza de que ellos no entenderían el galáctico ni por supuesto él el noidio no le detuvo: siempre podría recurrir al idioma universal de los gestos. Llegó hasta la puerta, la golpeó con los nudillos -si había un timbre no lo encontró- y no recibió respuesta alguna, aunque ésta se entreabrió como resultado de su acción. En un principio se quedó indeciso sin franquear el umbral; no era educado entrar sin avisar en una vivienda ajena, pero el hambre le seguía acosando y al fin y al cabo, se dijo, una gente que salía de casa dejándola abierta no podía ser mala. Además pensaba pagar lo que tomara, los créditos galácticos eran aceptados en todos los sitios incluso en los más atrasados.

Así pues, se decidió. En un principio la extraña distribución interior de la vivienda le desconcertó, pero al cabo logró hacerse una idea de la lógica alienígena. Esto debía ser el salón -no había vestíbulo- desde donde se abrían los huecos -tampoco había puertas, ni tan siquiera cortinas- que conducían al resto de las habitaciones. Un -probablemente- dormitorio, otro dormitorio, algo que parecía ser un trastero, un cuarto de baño -lo dedujo por el olor-... pero ¿dónde estaba la cocina?

Debía ser allí, aunque no dejaba de ser extraña. De pequeño tamaño, poco más que un cubículo, contaba por único mueble una especie de hornacina rodeada por lo que parecían ser unos radiadores. Y en medio de todo un huevo... un hermoso huevo algo más pequeño que los de avestruz que con toda probabilidad estaba destinado a ser el almuerzo de los habitantes de la casa.

A Sindulfo se le hizo la boca agua. Sin duda, pensó, se trataba de una especie de horno microondas donde se cocinaban los alimentos.

Tocó la cáscara del huevo, vio que estaba tibia y, sin pensárselo dos veces, arrambló con él abandonando la casa no sin dejar un puñado de monedas encima de una mesa a modo de pago. Ya en el exterior se le planteó el problema de abrirlo: según todos los indicios la cáscara debía ser bastante dura.

Lo solucionó golpeándolo por un extremo contra la pared. La cáscara resultó no ser tan dura como pensaba aunque sí un tanto correosa, y finalmente se resquebrajó. Ayudándose con la navaja abrió un hueco suficientemente grande y sorbió golosamente su contenido, sin importarle que estuviera prácticamente crudo.

El sabor le resultó extraño, aunque no repulsivo, pero su estómago no sólo no rechazó el alimento sino que cesó en sus protestas.

-“Bueno, ya está hecho -musitó satisfecho-. Ahora a la nave y a esperar que lleguen”.

Estaba buscando donde arrojar la cáscara vacía cuando vio acercarse una pareja de alienígenas, con toda probabilidad los ocupantes de la vivienda. Aguardó a que llegaran para darles explicaciones y mostrarles sus disculpas, pero lo que no esperaba en absoluto fue el gesto de horror -pese a las diferencias anatómicas y culturales resultó patente- que apareció en sus rostros cuando le descubrieron, todavía con la cáscara rota en una de las manos.

Inmediatamente, y para sorpresa suya, dieron la vuelta y echaron a correr sin que sus requerimientos lograran detenerlos. Encogiéndose de hombros, pero con la conciencia de no haber hecho nada malo, se encaminó a la astronave distante apenas un kilómetro.

Cuando llegó, vio que los noidios a quienes esperaba ya estaban allí. Pero, extrañamente, no tenían aspecto de técnicos -a éstos, que solían diferenciarse poco de un planeta a otro, los conocía bien- sino de...

De policías, como pudo comprobar cuando varios de ellos le rodearon, le inmovilizaron -pese a que no había hecho ningún gesto hostil- y le colocaron en las muñecas y los tobillos algo parecido a unas esposas. Tras lo cual, levantándole en vilo -los noidios eran notablemente robustos- acabaron arrojándolo en un furgón policial cuyas puertas cerraron con llave antes de arrancar.

De allí, tras un incómodo viaje, pasó a un calabozo donde le quitaron las esposas y le dieron de comer y beber, no sin reflejar los carceleros en sus rostros unos gestos que fue incapaz de entender pero que no presagiaban nada bueno.

Sindulfo estaba completamente desorientado, y no entendía nada de lo que había ocurrido a raíz de su encuentro con la pareja -supuso que lo eran, aunque no fue capaz de diferenciar entre los dos sexos- junto a la puerta de la casa. En sus conversaciones con la torre de control del astropuerto los noidios se habían mostrado extremadamente amables, y le habían asegurado que atenderían su problema. Sin embargo, ahora...

No fue hasta el día siguiente cuando la puerta de la celda se abrió dando paso a un noidio que en un galáctico bastante aceptable le explicó que había sido nombrado su abogado de oficio. Sindulfo respondió que no sabía por qué razón le habían detenido y que lo único que pretendía era hacer las reparaciones necesarias en su nave, repostar la suficiente energía para llegar a su destino y cargar la cantidad imprescindible de alimentos compatibles con su metabolismo. Puesto que se dirigía a un mundo colonizado por los humanos, una vez allí podría completar lo que faltara.

El abogado, haciendo uso de la retórica consustancial a su profesión con independencia de la raza o el lugar de origen, se excusó por las malas noticias que tenía que comunicarle, las cuales se resumían en la acusación de la fiscalía por haber cometido un grave delito. En consecuencia sería sometido a juicio y, en caso de ser declarado culpable como por desgracia cabía temer dadas las pruebas existentes en su contra, sería condenado a una severa pena de cárcel, aunque él haría todo lo posible por intentar reducirla dada su condición de extranjero y su desconocimiento del planeta. Y a continuación le explicó por qué había sido detenido.

Es preciso hacer un inciso para recordar que, para concederles la licencia, a los astronautas mercantes no se les exigía que tuvieran el más mínimo conocimiento sobre las características y peculiaridades de la multitud de razas inteligentes que formaban parte de la Federación Galáctica y los planetas independientes asociados a ella. En realidad y por regla general no lo necesitaban, puesto que sólo solían relacionarse entre ellos y tangencialmente con los trabajadores de las terminales de carga de los astropuertos, por lo que era el día a día lo que les proporcionaba, no siempre de forma pacífica como ocurría en los poco recomendables garitos de los barrios portuarios, este conocimiento.

Los astronautas mercantes, con independencia de su origen, eran tipos duros y se reconocían como iguales por muy distintas que fueran sus razas, pero era muy poco lo que sabían de las poblaciones civiles de los planetas que visitaban. Y era una lástima, porque de no haber sido así Sindulfo Celedón no habría incurrido en los dos graves errores que cometió, sin que su desconocimiento sirviera de eximente conforme a las severas leyes de Noidim.

El primero consistió en no saber que los noidios eran una especie ovípara.

Y el segundo en tomar por cocina y horno de microondas lo que en realidad era una cámara de incubación en la que los propietarios de la vivienda incubaban su propio huevo.

Razón por la cual, fue juzgado y condenado por infanticidio, con el agravante de canibalismo.